

# HISTORIA DE NUESTRA AMERICA

## 2

### 500 AÑOS DE RESISTENCIA INDIGENA

© Ediciones CELA  
Centro de Estudios Latinoamericanos  
San Isidro 264  
Santiago de Chile  
1992  
Inscripción N° 80.497  
ISBN 956-7172-01-2

#### I

#### A LA BUSQUEIDA DEL ORO

El objetivo primordial de la conquista española y portuguesa consistió en la explotación de metales preciosos para colocarlos en el mercado europeo. El espíritu de cruzada, la divulgación del cristianismo, el ansia de fama y de gloria de los conquistadores -hijos del despertar renacentista- fueron factores que coadyuvaron, pero no imprimieron a la conquista su característica esencial e histórica. Menos valederos son los argumentos que esgrime ron los cronistas de la época para justificar la sed de oro: civilizar al indio “subhumano y débil mental” y salvarlo de la poligamia, la sodomía y el canibalismo. Por el contrario, el análisis científico de los hechos, basado en documentos y pruebas relevantes, demuestra que los objetivos básicos de los españoles y portugueses fueron la conquista de oro, tierras y mano de obra indígena. Lope de Vega la dijo en su momento: So color de religión / van a buscar plata y oro / del encubierto tesoro’.

Desde las primeras cartas de Colón se evidencia que la conquista de América se hizo bajo el signo del dinero, esa celestina universal’, como diría Shakespeare. En 1503, Colón escribía desde Jamaica a la reina Isabel: ¡Cosa maravillosa es el oro:.. Quien tiene oro es dueño y señor de cuanto

apetece. Con oro hasta se hacen entrar las almas al paraíso.<sup>1</sup> En carta al Papa Alejandro VI. Colón prometía cincuenta mil infantes para rescatar el Santo Sepulcro, calculando que el Nuevo Mundo proporcionaría más de cien quintales de oro al año. En carta del 15 de octubre de 1524, Hernán Cortés informaba al rey que los dineros invertidos iban a rendir más del mil por ciento de ganancias, debido a la gran cantidad de oro y mano de obra para explotarlo que existía en México. Frailes jerónimos comunicaban al rey en 1512 que de quinientos a mil hombres que van, no conocen estando allá sujeción a Dios cuando más a vuestra majestad, han gastado cuanto tenían por ir a venir cargados de oro.<sup>2</sup>

El itinerario de los conquistadores muestra claramente que la finalidad de los españoles y portugueses era encontrar oro y plata. Cuando los yacimientos de oro de las islas del Caribe se agotaron, la conquista se desplazó a México, luego a Colombia y, finalmente, a Perú y Chile. Agotada la producción de oro de la isla La Española, los conquistadores pasaron a México: “en trance de extinción la riqueza aurífera y la mano de obra (de las Antillas) el descubrimiento de nuevas tierras surge como esperanza única y cada vez más fuerte”.<sup>3</sup>

En menos de una década, los españoles exploraron casi todas las islas del Caribe, especialmente Cuba, Jamaica, Puerto Rico y La Española. En 1513, Balboa avistó el Pacífico. Durante la década de 1520—30, se inició la conquista de México y Centroamérica. Y en la próxima, la de Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia y Chile. Paralelamente, comenzaba la conquista de Uruguay, Argentina y Paraguay, hasta la zona delimitada por el Tratado de Tordesillas entre Portugal y España. Los portugueses, a su vez, habían comenzado la conquista de algunas regiones de Brasil, buscando denodadamente oro, que recién encontrarán en abundancia en el siglo XVIII.

Como signo inequívoco de que los conquistadores buscaban oro y plata, los informes de esa época al rey versaban fundamentalmente sobre la cantidad de metales preciosos que arrebataron a los indios. La producción media anual de oro mexicano entre 1531 y 1537 ascendió a 72 millones de pesos, en contraste con los 120.000 pesos que produjeron las Antillas. Otra de las zonas abundantes en oro fue Nueva Granada (Colombia). La producción de oro de Nueva Granada, que Haring reduce a la tercera parte de la cifra aceptada por Soetbeer, arroja, sin embargo, una media anual entre 1538 y 1560, de 71,9 millones de maravedíes.<sup>4</sup>

El rescate del Inca Atahualpa totalizó 5.720 kilos de oro y 11.000 de plata. El reparto de los tesoros del Cuzco ha sido estimado en 2.537 kilos de oro y 35.212 de ‘plata buena’. Según von Hagen, los primeros envíos de Pizarro al rey ‘valían más de veinte millones de dólares en metálico, y veinte veces más este valor en términos de moderno poder adquisitivo. Jamás en la historia habíase visto tanta riqueza junta en Europa’.<sup>5</sup> La mayor parte de esos tesoros incaicos fue destruida no tanto por el desconocimiento de su valor artístico, como se ha dicho, sino fundamentalmente por su valor en metálico. Millares de objetos artísticos labrados en oro y plata fueron fundidos y convertidos en moneda para las arcas de la monarquía.

Según las estadísticas más autorizadas, la producción de oro y plata en los Andes entre 1503 y 1560 ha sido estimada por Soetbeer en 173 millones de dólares; por Haring en 150 millones y por Haring en 101 millones.

La causa esencial de esta rápida recolección y producción de metales preciosos fue el grado de adelanto minero-metalúrgico que habían alcanzado los aborígenes de América Latina. El desarrollo de las fuerzas productivas autóctonas permitió a los españoles organizar en pocos años un eficiente sistema de explotación. De no haber contado con indios expertos en el trabajo minero resultaría inexplicable el hecho de que los conquistadores, sin técnicos ni personal especializado, hubieran podido descubrir y explotar los yacimientos mineros, obteniendo en pocas décadas tan extraordinaria cantidad de metales preciosos. En fin, los indios americanos proporcionaron los datos para ubicar las minas, oficiaron de técnicos, especialistas y peones, y portaron un cierto desarrollo de las fuerzas productivas que facilitó a los españoles la tarea de la colonización.

### *El genocidio de nuestros aborígenes*

Los conquistadores españoles y portugueses cometieron uno de los genocidios más grandes de la historia universal. Millones de aborígenes fueron exterminados tanto por vía de las armas como de las enfermedades provocadas por los virus de tifus y viruela introducidos por los

Europeos. Otros murieron en los socavones de las minas y en los lavaderos de oro, a raíz de la brutal explotación a que fueron sometidos. De aproximadamente 40 millones de indígenas<sup>6</sup> que existían en el siglo XV, de acuerdo a estimaciones de algunos autores y 14 millones según otros, sólo sobrevivió una quinta parte en el primer siglo de la conquista.

En algunas regiones, como la actual República Dominicana, la población aborigen fue totalmente exterminada. Según Frank Moya Pons: “En 1508, fecha en que se realizó un censo de indios, solamente quedaban 60.000 de los 400.000 que aproximadamente había cuando Colón pisó la isla por primera vez”.<sup>7</sup> En 1520, sólo quedaban 3.000 indios. El pirata Drake, que se apoderó durante varios días de Santo Domingo, informaba a su reina en 1585 que no quedaba ningún indio en esa parte de la isla. Fenómeno similar se dio en la mayoría de las islas del Caribe, especialmente en Cuba y Puerto Rico. A su tiempo, los ingleses, franceses y holandeses cometieron el mismo genocidio en el resto de las Antillas. Hacia el siglo XVII, la población indígena del Caribe estaba extinguida.

En México, el exterminio fue también brutal. En menos de cien años, la población cercana a los 20 millones bajó abruptamente a un poco más del millón. La población del imperio incaico, que bordeaba los 10 millones en el siglo XV, quedó reducida a un poco más de 2 millones en un siglo de “colonización” española; una de las regiones de ese imperio, el actual Ecuador, vio disminuida su población aborigen de un millón a doscientos mil. Los indios

Chile disminuyeron de un millón a menos de 200.000; en algunas zonas, como la central, de 60.000 quedaron sólo 4.000 indígenas. Rolando Mellafe ha estimado que en los primeros 80 años de la conquista fue exterminado el 70% de los indígenas del antiguo imperio incaico.<sup>8</sup> Los portugueses también cometieron un genocidio igual o peor. Sin embargo, muchos indígenas lograron salvarse, replegándose al interior de la selva.

Bartolomé de las Casas fue el primero en denunciar la matanza de los aborígenes. Sus descripciones, casi dantescas, llamaron la atención del rey de España, quien se dio cuenta, del grave riesgo de perder la mano de obra, sin la cual no era posible explotar las minas, las plantaciones y las haciendas. La monarquía dictó Leyes de Indias que, bajo un manto humanitario, escondían la verdadera intención de los reglamentos sobre la encomienda: preservar la mano de obra indígena.

En una interesante nota sobre el Padre Las Casas, el escritor José Martí señalaba: ‘Es verdad que Las Casas por el amor de los indios aconsejó al principio de la conquista que se siguiese trayendo esclavos negros que resistían mejor el calor; pero luego que los vio padecer, se golpeaba el pecho y decía ‘¡Con mi sangre quisiera pagar el pecado de aquel consejo que di por mi amor a los indios!’”<sup>9</sup>

### Los indígenas vistos por los conquistadores

Si bien es cierto que la mayoría de los cronistas observó con muchos prejuicios la realidad indoamericana y la deformó deliberadamente para justificar la explotación de los indígenas, hubo otros, como Bartolomé de las Casas, Fernández de Oviedo, Bernardino de Sahagún, Alonso de Ercilla, que trataron de entender la vida cotidiana de nuestros aborígenes.

Bartolomé de las Casas, que se hizo sacerdote en nuestra América y que pronto renunció a ser encomendero por entender que era una de las más brutales formas de opresión indígena - reconoció que las condiciones de vida de los indios eran buenas antes de la llegada de los españoles: Estaban abundantísimos de comida y de todas las cosas necesarias de la vida; tenían sus labranzas, muchas y muy ordenadas, de lo cual todo tener de sobra y habernos con ello matado la hambre”.<sup>10</sup>

Algunos cronistas no tuvieron reservas en destacar la integración plena del hombre con la naturaleza. Describían asombrados la exuberancia de la naturaleza, la riqueza en peces de los ríos y mares, el clima y, obviamente, la abundancia de metales preciosos. La feracidad de las tierras también les llamaba la atención, con sus productos, como el maíz, la yuca, el cacao y el tabaco, las yerbas medicinales y el chili. También dejaron testimonios elocuentes sobre la grandeza de las ciudades, como Tenochtitlán y El Cuzco, tanto de sus mercados como de su arquitectura y su estructura social.

Uno de los aspectos más interesantes es el cristal con que los cronistas más veraces vieron a las mujeres indígenas. Las encontraron orgullosas, audaces, libres, trabajadoras, luchadoras y bellas. Se sorprendieron de su blancura bronceada y su capacidad para manejar el arco y la flecha. Se dieron cuenta que el incesto tenía connotaciones distintas en las diferentes culturas. En Mesoamérica no podía darse una relación entre hermanos, mientras que en el antiguo imperio incaico era estimulado, especialmente por los incas, para impedir que se mezclara la etnia.

Descubrieron que nuestros pueblos aborígenes no le daban a la virginidad la misma importancia que ellos. Laurette Sejourné ha hecho una importante selección de textos de cronistas donde se muestra el comportamiento de la mujer aborigen en el momento de la conquista. El cronista Landa observó en Yucatán el tabú matrimonial “entre personas del mismo apellido (grupos patrilineales), mientras que la unión entre primos del lado materno sí estaban permitidos”.<sup>11</sup>

En la zona andina, las mujeres realizaban también múltiples tareas. El cronista Cieza de León relata que en la Real Audiencia de Quito y en las proximidades del Cuzco “las mujeres son las que labran los campos y benefician las tierras y mieses, y los maridos hilan y tejen y se ocupan en hacer ropa”.<sup>12</sup>

Los cronistas españoles se sintieron también impresionados por el régimen de gobierno de los aborígenes. No solamente destacaron el aparato estatal de los imperios inca y azteca sino las formas políticas de las diferentes comunidades. “Según Oviedo, en Nicaragua los reinos hereditarios eran reemplazada por comunidades regidas por senados o asambleas de ancianos, hombres venerados, escogidos mediante votación, que se reunían en un edificio especial a fin de discutir los asuntos del grupo hasta que el acuerdo o desacuerdo fueran unánimes. Esta democracia, que obligaba a tomar en cuenta varias opiniones, resultó molesta para los españoles”.<sup>13</sup>

En relación a la propiedad territorial, Pedro Martir comentaba: “Es cosa averiguada que aquellos indígenas poseen en común la tierra, como la luz del sol como el agua, y que desconocen las palabras ‘tuyo’ y ‘mío’, semillero de todos los males (...) No rodean sus propiedades con fosos, muros ni setos. Habitan en huertos abiertos, sin leyes, ni libros y sin jueces y observan lo justo por instinto natural. Consideran malo y criminal al que se complace en ofender a otro”.<sup>14</sup>

El cronista Landa ponía de relieve el sistema de trabajo cooperativo practicado por los indígenas: “Los indios tienen la buena costumbre de ayudarse otros en todos sus trabajos”.<sup>15</sup> Pedro Mártir destacaba “que la idea de apropiación de las tierras les era extraña a su mentalidad (...) no se vio entre ellos ni proceso ni querrela, lo mío y lo tuyo no eran ni siquiera conocidos”.<sup>16</sup> Como decía un jefe guaraní: ‘Queremos demostrar que no nos gusta la costumbre española de ‘cada uno para sí’ en lugar de la ayuda mulos trabajo cotidianos”.<sup>17</sup>

## II

### LA RESISTENCIA INDIGENA

Entre los tantos mitos fabricados por la historiografía tradicional se destaca el que dice que los indígenas, luego de recibir los espejuelos y baratijas, rápidamente se sometieron a los colonizadores, afirmación cargada de ideología euroepizante. Que no resiste la más elemental prueba histórica. Hasta ahora se ha contado la historia de los conquistadores, llegando a erigírseles monumentos en nuestras plazas públicas. Nosotros preferimos reivindicar a las culturas autóctonas y a quienes supieron defenderlas. Nuestras generaciones, educadas en los manuales que proliferan en las escuelas, conocen más los nombres de los conquistadores que el de los heroicos aborígenes que combatieron por defender su tierra. Asimismo, se ha enfatizado a cerca de la colaboración de los indígenas con los colonizadores. Hubo efectivamente algunos caciques que practicaron el colaboracionismo con los enemigos, pero la mayoría de los indígenas se opuso con justificado odio étnico y de clase a los destructores de su cultura.

La resistencia indígena tuvo dos fases, por lo menos: una, la de los primeros años de la conquista militar, caracterizada por la aguerrida defensa de la etnia y de la tierra; y otra, que cubre toda la Colonia, en la que se cruza la lucha étnica con la lucha contra la explotación en las minas, haciendas y plantaciones.

En general, podría decirse que los pueblos -como los araucanos, caribes, charrúas, tribus del Amazonas. etc.- que nunca habían sido sometidos a tributo ni a un Estado fueron los que

presentaron una más larga resistencia activa y militar. En cambio, otros -como los aztecas e incas- fueron al principio más fácilmente sorprendidos; algunas tribus, disconformes con la dominación del Estado inca o azteca y con la tributación forzosa, se pasaron al comienzo a las filas españolas, creyendo liberarse de su antiguo sometimiento. Es decir, la dominación del Estado inca y azteca y su sistema de tributación preparó las condiciones para la conquista española, porque generó la disconformidad de muchas tribus y, en cierta medida, las acostumbró a la tributación.

Por el contrario, pueblos como los araucanos resistieron durante más de tres siglos a los españoles, del mismo modo que habían enfrentado a los incas. Los famosos versos de Alonso de Ercilla, según los cuales la gente araucana no ha sido por Rey jamás regida / ni a extranjero sometida,<sup>18</sup> no constituían una mera declaración lírica. En rigor, los mapuches no habían sido nunca oprimidos por otras tribus, no estaban acostumbrados a pagar tributos ni a obedecer a ningún amo. Otros pueblos con experiencias similares, como los charrúas y los indios de las pampas argentinas, jamás fueron doblegados por los españoles.

De todos modos, tanto unos como otros ofrecieron una enconada resistencia a los conquistadores. Siguiendo el itinerario de la conquista española, podemos seguir también el curso de la lucha del pueblo aborigen.

En la isla La Española, los tamos encabezaron hacia 1500 la primera rebelión contra los españoles en América Latina. Según Roberto Cassá: “El cacique de Maguana, Caonabo, dirigió una confederación militar de caciques que hizo resistencia a los propósitos de los españoles. Tras el apresamiento de este cacique, se formó otra confederación todavía más extensa donde aparentemente entraron la mayor parte de los caciques del sector central de la isla y aún de otras regiones. La magnitud de la resistencia de los indígenas obligó a Colón a emprender una larga campaña de varios meses que tuvo por resultado la derrota total de los indios tras una serie de escaramuzas que culminaron en el combate del Santo Cerro”.<sup>19</sup>

Los taínos se resistieron a pagar el tributo y pasaron a otras formas de resistencia, como la fuga a los montes, abandono de los sembradíos para obligar a los españoles a dejar la isla por hambre, práctica generalizada de abortos y algunos suicidios individuales y colectivos. Pronto volvieron a reagruparse, desencadenando insurrecciones cerca del fuerte Santiago de los Caballeros. Otras rebeliones fueron encabezadas por los caciques Guarionex y Mayobanex. El motivo de estos levantamientos fue el apresamiento en calidad de esclavos de miles de indígenas y su muerte prematura en el trabajo sobrehumano de las minas de oro. La insurrección más importante fue dirigida por Enriquillo, cacique de los montes de Baoruco, que logró unificar después de 15 años de lucha (1519—1533) a varias tribus e incorporar al combate a numerosos grupos de indios que se habían fugado de las encomiendas. Las dotes militares de Enriquillo se expresaron en su capacidad para elegir las zonas de difícil acceso al enemigo, asegurar el abastecimiento, organizar el espionaje y enfrentar a los españoles en el terreno que mejor le convenía. Enriquillo logró, por primera vez en América Latina, una unidad de acción con los negros esclavos que también se habían rebelado en la región de Baoruco. Ambas fuerzas combinaban sus luchas militares contra los españoles y su labor de sabotaje en las minas de oro del Cibao y en las plantaciones, donde asimismo hacían labor de proselitismo entre los indígenas y negros que trabajaban en las encomiendas e ingenios azucareros.

Moya Pons anota que “además del peligro para las vidas y haciendas de los campos del sur, la guerra del Baoruco también resultó ser un motivo de gran irritación para la mayor parte de los habitantes de Santo Domingo, pues a partir de 1523 en que se declaró formalmente la guerra a Enriquillo, las autoridades aplicaron impuestos a los precios de la carne, que elevaron más aún el alto costo de la vida en Santo Domingo, para con ellos financiar los gastos de las patrullas militares que eran enviadas continuamente a perseguir a los indios alzados y a los negros cimarrones”.<sup>20</sup> Enriquillo se vio obligado a capitular en 1533, pero su lucha fue continuada por los pocos indígenas que quedaban en la isla y, sobre todo, por los cada vez más numerosos contingentes de esclavos negros que se convertían en cimarrones al fugarse de los ingenios.

Uno de los primeros héroes de la resistencia americana a la colonización española fue el indio Hatuey, quien llegó a Cuba huyendo de la persecución de los conquistadores desde una pequeña isla del archipiélago de la Hispaniola. En el oriente cubano organizó una guerrilla, junto a los taínos.

Bartolomé de las Casas contaba que “viendo el cacique Hatuey que pelear contra los españoles era en vano, como ya tenía larga experiencia en esta isla por sus pecados, acordó de ponerse en recaudo huyendo y escondiéndose por las breñas, con harta angustia y hambres”.

Cuando fue apresado, y “estando atado a un palo, un religioso de San Francisco le dijo como mejor pudo que muriese como cristiano y se bautizase; respondió, que ¿para qué había de ser como los cristianos, que eran malos?. Replicó el Padre, porque los que mueren cristianos van al cielo y allí están viendo siempre a Dios y holgándose; tomó a preguntar si iban al cielo cristianos, dijo el Padre que sí iban los que eran buenos, concluyó diciendo que no quería ir allá, pues ellos allá iban y estaban”.<sup>21</sup> Finalmente, fue quemado en la hoguera.

Posteriormente, en 1534, se produjo un nuevo alzamiento, dirigido por el indio Guama, denunciado por las autoridades coloniales al rey de España: “Bien es que sepa vuestra Majestad que de más de otros yndios que en otras provincias andan alcados, en la provincia de Paracoa anda uno que se llama Luama, que trae consigo más de cincuenta yndios mucho tiempo ha”.<sup>22</sup> En una nota del licenciado Juan Rodríguez Obregón, se decía: “que ha más de diez años en la provincia de Cagua andaba alzado el indio principal Guama”.<sup>23</sup>

Los aztecas, a diferencia de los incas, fueron rápidamente conquistados, porque la unidad del imperio era menos sólida y la disconformidad de algunas tribus era mayor. La prueba es que cuando Hernán Cortés desembarcó y, posteriormente, tomó Veracruz y puso sitio a Tenochtitlán, numerosas tribus abandonaron a Moctezuma y otras, como los totonacas y tlaxcaltecas, se pasaron al bando español. Sin embargo, Tenochtitlán -que tenía mayor homogeneidad étnica- combatió hasta la rendición del heroico Cuauhtémoc en agosto de 1531. Cuauhtémoc fue torturado salvajemente por Cortés al negarse a indicar dónde estaban escondidos los tesoros de su pueblo.

“El día que la ideología colonial sea completamente disipada -afirma Sejourne- esta resistencia contará entre las hazañas más nobles que la humanidad haya conocido. Según Bernal Díaz, Cuauhtémoc habría declarado ante Cortés: ‘ya he hecho lo que soy obligado en defensa de mi ciudad y vasallos, y no puedo más, y pues vengo por fuerza y preso ante tu persona y toma ese puñal que tienes en la cinta y mátame luego con él’ (...) Es de notar que por una de esas vueltas felices de las cuales la historia se muestra bien avara, México honra en este joven monarca en desgracia, torturado y finalmente colgado de un árbol ‘de una lejana selva tropical, a su más grande héroe nacional’”.<sup>24</sup>

La táctica de Cuauhtémoc de resguardo de los tesoros de su cultura fue seguida por numerosos pueblos de México que cubrieron de tierra y ramaje muchos de sus monumentos y obras de arte -como pudimos apreciar en la pirámide de las Siete Culturas de Cholula— para que los conquistadores no los destruyeran o se apoderaran de ellos con fines de lucro. Esta tradición de defensa de la cultura autóctona y de repudio a la conquista española se ha mantenido tan firme que el pueblo mexicano es uno de los pocos de Latinoamérica que no tiene estatuas de conquistadores españoles en las plazas públicas. La medida de cubrir las obras de arte fue una forma de resistencia aborigen que no terminó con la caída de la capital del imperio azteca. De 1524 a 1528, en Oaxaca, los zapotecas pusieron en jaque a los españoles. Durante la década de 1540-50 resurgió la resistencia en el noroeste, en Nueva Galicia, Jalisco, Aguas Calientes, Michoacán, Durango, Zacatecas y San Luis de Potosí, donde se llevó a cabo una guerra que infligió serias derrotas a los conquistadores, hasta que finalmente los indígenas fueron vencidos en Guadalajara en 1541. A fines del siglo XVI se dio la guerra chichimeca que estremeció la colonia. Otras formas de resistencia se registraron también en los centros de trabajo, en las minas de plata, donde los indios eran inicuaamente explotados.

En la región Centroamericana, que Cortés consideraba como parte de sus dominios, hubo una tenaz resistencia a los conquistadores, como Gil González, que sojuzgó a los indígenas de Honduras, y Pedrarias Dávila que se hizo nombrar gobernador de Nicaragua. Sin embargo, nunca pudieron obligar al cacique Urraca, quien se enfrentó durante nueve años a los ejércitos españoles, usando la táctica de la guerra de guerrillas. Bartolomé de las Casas comentó que nunca pudieron aplacar a Urraca, de quien reproduce un discurso: “No es razón que dejemos reposar estos cristianos, pues allende de tomarnos nuestras tierras, nuestros señoríos, nuestras mujeres e hijos y nuestro oro y todo cuanto tenemos y hacernos esclavos, no guardan fe que prometen, ni palabra ni paz; por eso peleamos contra ellos y trabajemos, si pudiéremos, de los matar y tirar de nosotros tan

importable carga, mientras las fuerzas que nos ayudaren, porque más nos vale morir en la guerra peleando, que vivir vida con tantas fatigas, dolores, amargas y sobresaltos.<sup>25</sup>

En Colombia, los conquistadores encontraron la resistencia del cacique Bogotá, quien presentó combate durante bastante tiempo, hasta que murió anónimamente en un combate. Su hijo fue torturado por quienes querían conocer donde estaba el tesoro de Bogotá. La muerte del torturado no abatió a los indígenas, quienes reorganizaron la resistencia bajo el mando de un sobrino de Bogotá, combatiendo en las montañas.

El imperio incaico ofreció mayor resistencia que el azteca a causa de su estructura política más eficiente y su mejor organización territorial. La prisión de Atahualpa y la entrada de Pizarro al Cuzco en 1533 no lograron aplastar totalmente a los indígenas. Manco Inka se puso al frente de su pueblo y avanzó hasta poner sitio al Cuzco en 1535 con la intención de desalojar a los españoles. Ante la cerrada defensa de éstos, se vio obligado a prender fuego a su tan querida ciudad. La resistencia se debilitó momentáneamente por la defección de los “cañari” (Ecuador), que nunca aceptaron la dominación del Estado Inca.

La lucha renació en la zona de Vilcabamba, donde los aborígenes del lugar y los incas llegaron a construir en poco tiempo una gran fortaleza. El arqueólogo peruano Edmundo Guillén ha redescubierto en 1976 la totalidad de la fortaleza, que a pesar de la rapidez con que fue construida para hacer frente a los conquistadores es una obra de arte tan maravillosa como Macchu— Picchu. El jefe de la resistencia, Tupac Amaru, fue ejecutado por el virrey Francisco de Toledo en 1572.

El combate de Vilcabamba estuvo coordinado con otros movimientos que estallaron en Huamangas y Lucanas. Esta rebelión armada adquirió un carácter mesiánico, Los shamanes recorrían las comunidades hablando del triunfo de las huacas’ (divinidades incaicas) y de la derrota del dios de los españoles, anunciando la restauración incaica. Mientras transmitían su mensaje caían en trance, por lo que se les denominaba “Taki Onqoy” o enfermedad de la danza.

Mientras tanto, en otra parte del imperio incaico —Ecuador— el cacique Rumiñahui organizaba la resistencia. Primero, engañó al conquistador Benalcázar acerca de los tesoros que estaban más allá de los Andes. Luego, sepultó y escondió con sus compañeros las obras de arte de Quito. “Cuando Benalcázar entró en Quito, en 1534, sólo encontró los restos de la ciudad. Los tesoros habían sido sepultados o trasladados. Su desesperación fue grande”.<sup>26</sup> Hizo destruir todos los edificios donde pudiera encontrarse el tesoro de Atahualpa y Hayna Capac; al no hallar nada, se vengó mediante una de las matanzas más grandes hechas por los españoles en nuestro continente. Otro sector de indígenas se rebeló en 1535 en las proximidades de Guayaquil. Rumiñahui, último general de Atahualpa, pudo refugiarse en las montañas y desde allí continuar el combate. En uno de los tantos enfrentamientos fue hecho prisionero y de inmediato ejecutado. La resistencia continuó, entonces, bajo otras formas, especialmente con movimientos de protesta por los tributos forzados y la explotación en los obrajes.

Los conquistadores, encabezados por Diego de Almagro y, después, por Pedro de Valdivia, continuaron la exploración hacia el sur en busca de El Dorado. Tampoco lo hallaron. En cambio, encontraron la más enconada resistencia aborigen. Los mapuches (mapu=tierra, che=gente), llamados araucanos por españoles, resistieron durante tres siglos —en una de las muestras de resistencia más largas de la Historia universal— infligiendo a los invasores bajas que fluctuaron entre veinticinco y cincuenta mil soldados durante toda colonia. Según carta de Jorge Eguía y Lumbe al rey en 1664, “hasta entonces habían muerto en la guerra 29.000 españoles”.<sup>27</sup> El cronista Rosales afirmaba que entre 1603 y 1574 murieron más de 42.000 españoles y se gastaron 37 millones de pesos en la guerra contra los indios.<sup>28</sup> Un gobernador dijo que “la guerra de Arauco cuesta más que toda la conquista de América”. Las pérdidas españolas en regiones incomparablemente más ricas, como México y Perú fueron relativamente escasas. Felipe II, a fines del siglo XVI, se a por que la más pobre de sus colonias americanas le consumía la “flor de sus guzmanes”. En la península Ibérica, Chile era conocido como “el cementerio de los españoles”

La prolongada resistencia se debió no sólo al genio militar de jefes, como Lautaro, Caupolicán y Pelantaru, sino fundamentalmente al apoyo activo de la población indígena. La guerra de Arauco fue una guerra total; una Guerra popular insuflada durante tres siglos por el profundo odio del indígena al conquistador. El motor que impulsó la resistencia y defensa de la tierra, la tribu, las costumbres y el derecho a vivir libremente en clanes.

La guerra de Arauco comenzó en 1553 como una guerra de resistencia trique, luego, se combinó con la protesta de los indígenas explotados en los lavaderos de oro. Junto a las tribus que defendían su tierra se alzaron los indios que trabajaban en las encomiendas. La guerra de resistencia tribal se hizo también social. Los levantamientos de 1593 y 1655 constituyeron la expresión más nítida de la transformación de la guerra de resistencia tribal en guerra social, ya que lograron la coordinación de las tribus confederadas (Vutanmapu) con los indígenas explotados en las labores mineras y agrícolas. En 1599, Pelantaru combinaba la rebelión huilliche de Osorno, Valdivia y Villarrica, con el ataque a los fuertes y ciudades de Arauco, Angol y Chillán. En la gran rebelión de 1655, los indios de las encomiendas se alzaron en centenares de haciendas, expropiaron oro y miles de cabeza de ganado, mataron a sus amos encomenderos y se sumaron al ejército liberador araucano, dirigido por el mestizo Alejo. El escenario de lucha abarcaba miles de kilómetros, porque los combates se daban no sólo en la Capitanía General de Chile sino también en coordinación con los pampas argentinos, muy estrechamente relacionados con los mapuches.

También coordinaban sus luchas con los huarpes de San Juan y Mendoza. A su vez, los indígenas de Salta, Tucumán, La Rioja y otras zonas del norte argentino, en rebeldía desde fines del siglo XVI, buscaron contacto con los huarpes, cuyo levantamiento estalló en 1632. En 1655, apareció en Tucumán el andaluz Pedro Bohórquez, que había encabezado la rebelión de los calchaquies, diciéndose heredero de los Incas. Logró acaudillar un movimiento durante varios años. En 1661, se produjo un nuevo levantamiento de los huarpes en combinación con los aborígenes de la zona chilena. Los españoles, a su vez, trataron de coordinar los ejércitos de Buenos Aires y Santiago para liquidar la resistencia indígena.

Los indios de las pampas argentinas mantuvieron en jaque a los españoles durante toda la colonia. La colonización de la provincia de Buenos Aires no fue más allá de 100 Km. del puerto. Tampoco los españoles pudieron dominar la zona centro-norte a causa de la enconada resistencia indígena.

Los charrúas del Uruguay derrotaron a los primeros conquistadores encabezados por Juan de Solís en 1516. Recién un siglo después, los españoles se atrevieron a internarse en esta zona, dirigidos por Hernandarias de Saavedra, que nuevamente fue derrotado por los charrúas. Sólo los jesuitas y franciscanos pudieron garantizar una cierta colonización mediante la fundación de colonias, como la de Soriano en 1624.

En síntesis, a fines de la Colonia, los mapuches, los pampas y charrúas conservaban lo esencial de las tierras que tenían antes de iniciarse la conquista española.

Los guaraníes de la zona paraguaya y guaycurúes del Chaco argentino y región brasileña limítrofe del Paraguay, en 1525 enfrentaron a los primeros conquistadores, dando muerte al adelantado Alejo García, que había ido en busca de la Sierra del Plata. Posteriormente, también derrotaron al navegante Sebastián Gaboto, que fue el primero en recorrer en barcos europeos el río Paraguay. “Tanto García como Gaboto fracasaron en su intento de con a tierra a sangre y fuego, pues encontraron la fiera resistencia de los guaraníes, ‘más fáciles de persuadir que de someter’”.<sup>29</sup>Efectivamente, los españoles, resignados a su “mala suerte” por no haber encontrado oro en estas tierras, simulaban pactar con los indígenas, quienes entregaron ingenuamente sus mujeres. De este modo, se formó más rápidamente en Paraguay que en otras partes una vasta población mestiza, que trató de amortiguar las contradicciones étnicas. Las misiones jesuíticas, que atrajeron un gran número de indígenas, replantearon la lucha de los guaraníes contra los blancos y mestizos, que exigían la liquidación de las misiones el fortalecimiento de las encomiendas.

Los indígenas del Brasil presentaron combate a los portugueses; al ser derrotados militarmente, se replegaron a la selva, donde coordinaron ciertas luchas con los esclavos negros en rebeldía.

Algunas tribus del Amazonas se relacionaron con las del Orinoco, especialmente con los caribes, sorprendiendo con emboscadas a los conquistadores. Los caribes incursionaban por las Antillas, por las costas y el interior de Venezuela, llegando en sus correrías (1572—84) a lanzarse contra los españoles en Valencia. Atacaban y se retiraban a sus canoas que tenían escondidas en el Guárico, para regresar a su base de seguridad, el caudaloso Orinoco.

Según los cronistas, uno de los primeros enfrentamientos armados importes de los españoles con los indígenas acaeció en las costas venezolanas en 1515. Cuatro años después, se produjo una rebelión coordinada de varias tribus. El cronista Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés contaba



que “en el año de mil quinientos diecinueve, en un mismo día, los indios de Cumaná y los Cariaco y los de Chiribichi y de Maracapana y de Tacarras y de Neverí y de Unari se rebelaron y en especial en la provincia de Maracapana mataron hasta ochenta cristianos españoles en poco más tiempo de un mes”.<sup>30</sup>

Uno de los jefes indígenas más destacados fue Guaicaipuro, orgullo del pueblo venezolano. Consumó su primera acción anti—conquista contra las minas de oro de los Teques, cuando apenas tenía veinticinco años. Logró coordinar las tribus del centro en rebeldía permanente y constituir un ejército de más de 14.000 hombres entre 1560 y 1568. Su deseo de coordinar no sólo las luchas de los indígenas, sino también las de los primeros negros esclavos, se expresó en los intentos de combinar sus combates con los seguidores del levantamiento del negro Miguel en el occidente venezolano.

Guaicaipuro enfrentó al más bravo de los españoles, Diego de Losada, quien al decir del cronista José de Oviedo y Baños, “se halló con más de diez mil indios acaudillados por el cacique Guaicaipuro, que al batir de sus tambores y resonar de sus fotutos le presentaban altiva batalla”.<sup>31</sup> El cronista destacó hidalgamente la valentía de Gayauta, de Tiuna y de los niños indígenas, como asimismo la estrategia guerrillera de Guaicaipuro, quien empezó a conmover a los caciques y concitar las naciones, para que como interesadas en la común defensa, acudieran con todas sus armas”.<sup>32</sup> Junto con Terepaima, Guaicaipuro logró derrotar en varias oportunidades a Fajardo y otros jefes españoles. Consciente del peligro, el Gobernador decidió organizar una fuerte expedición al mando de Diego de Losada, quien después de varios combates pudo derrotar las huestes de Guaicaipuro en 1568.

No obstante la muerte del gran Guaicaipuro, la lucha prosiguió varias décadas, al mando de Pacamaconi y Conopoima. Tamanaco alcanzó a reunir 15.000 hombres que incursionaron sobre los campamentos y villorrios españoles. Fue vencido y entregado al terrible tormento de un perro furioso.

Los jirajaras mantuvieron el movimiento de resistencia más de un siglo, desde el oeste hasta la zona central. Recién fueron desplazados en 1525 con un poderoso ejército que reunió tropas de Caracas, Valencia, El Tocuyo y Nirgua.

Los timoto—cuicas, de la región de los Andes, también tuvieron en jaque a los españoles durante muchos años, apoderándose de ciudades, como Trujillo. “Dieciocho años duró la resistencia hasta el vencimiento de uno de sus más valerosos caciques, el último de los rebeldes, el bravo Pitijai (...) De los cuicas conócese un canto guerrero en el que claman a sus dioses cierren de sombras al invasor, manden sus jaguares, desaten sus ventarrones, suelten sus cóndores y afilen los colmillos de los mapanares para aniquilar con dolores a los blancos”.<sup>33</sup>

La rebelión se propagó a otras zonas cercanas a Maracaibo, con movimientos encabezados por Mara y los motilones, a Coro donde se alzó Manaure y al Oriente, donde los caribes y cumanaotos hostigaron permanentemente a los conquistadores hasta el siglo XVIII.

Esta prolongada resistencia de los aborígenes venezolanos trabó los planes de expansión territorial de los españoles. Como bien ha apuntado Martínez Mendoza; “después de mediados del siglo XVII, la colonización de estas comarcas orientales tropezó con un grave obstáculo que la retrasó por o de un siglo: la terrible resistencia que opusieron los aborígenes a la conquista”.<sup>34</sup>

Los caribes fueron los pueblos que más resistencia opusieron a la ocupación de las islas antillanas por parte de los conquistadores, enfrentando tanto a españoles como a ingleses, franceses y holandeses. Los españoles siempre fueron acosados por los ataques sorpresivos de los caribes. Los franceses fueron rechazados cuando en 1635 pretendieron ocupar la isla Dominica. Los caribes resistieron bastante tiempo en Guadalupe hasta que fueron derrotados en 1640. Sin embargo, los caribes volvieron a rebelarse en 1653, devastando las islas de Granada y San Vicente; estuvieron a punto de apoderarse de Martinica. En 1657, atacaron varias islas en un levantamiento general y coordinado, siendo vencidos por el general Du Parquet, quien propuso a los 6.000 caribes que vivieran en paz en Dominica y San Vicente, adonde se les concederían tierras. Es importante destacar que en las insurrecciones de los caribes participaban negros esclavos que se fugaban de las numerosas plantaciones de caña que existían en las islas antillanas.

Durante la resistencia, los aborígenes crearon importantes tácticas y métodos de lucha. Después de las nefastas consecuencias de las primeras experiencias de atacar en tropel, los indígenas reajustaron su táctica y enfrentaron a los españoles mediante guerrillas; en algunos casos,

llegaron a combinar la guerra de guerrillas con la guerra móvil, es decir, concentración de fuerzas para atacar, dispersión rápida y nuevo ataque a larga distancia, en amplios frentes móviles de lucha.

Los mapuches emplearon esta variante de guerra no convencional, moviendo grandes masas de indios en ataques simultáneos y desplazándose a enormes distancias, en un frente que abarcaba centenas de kilómetros.

La guerra de guerrillas fue también practicada por los indígenas de la Isla La Española y por los aborígenes venezolanos, quienes no presentaban combate abierto al grueso del ejército español, sino que atacaban en pegue ñas partidas, hostigaban con emboscadas, falsos ataques y retiradas veloces, cambios de frente y cerco al enemigo.

Los indígenas escogían el terreno más favorable, aprovechando los bosques tupidos y las montañas. La táctica de Enriquillo en la actual frontera de Haití con República Dominicana se basaba “en la selección de las zonas más abruptas de la cordillera que impidieran la llegada de los españoles y posibilitaran su rechazo exitoso en caso de hacerlo, utilizando los desfiladeros y la vegetación como verdaderas armas de combate”.<sup>35</sup> Táctica similar empleó Rumiñahue en las montañas cercanas a Quito.

Frecuentemente atacaban por la retaguardia. Diego de Losada fue atacado en la zona central de Venezuela “por la retaguardia”; los indios prendieron “fuego a la sabana (...) Combatido (Losada) por todas partes de los horrores del fuego, y precipicios del sitio, no volvía a parte la cara que no encontrase un peligro”.<sup>36</sup>

Una de las tácticas más notables empleadas por los mapuches fue la utilización de las líneas de resistencia, o fortificación a retaguardia. Un general chileno, afirmaba que Lautaro “empleó la fortificación del campo de batalla, sin haberla aprendido de los españoles, pues éstos nunca hicieron de la fortificación una alianza para el combate, sino un refugio para descansar ideó el procedimiento de fortificaciones a retaguardia de la primera línea de combate, procedimiento que sólo en la penúltima guerra europea ha venido a consagrarse como bueno”.<sup>37</sup> En el combate de Concepción, librado el 12 de diciembre de 1555, Lautaro tendió tres líneas de resistencia o fortificación a retaguardia. El general Téllez sostiene que ‘el arte moderno militar no les puede nacer (a los araucanos) la más mínima observación. Cumplían con las cinco condiciones fundamentales que hoy exige el arte militar: campo despejado al frente, obstáculos en el frente, apoyo por lo me nos en una de sus alas, libre comunicación a lo largo de toda la línea y comunicación con la retaguardia’.<sup>38</sup>

En general, los indígenas no atacaban las ciudades, salvo el caso de Manco Inka que puso sitio al Cuzco. No se apoderaban de las grandes ciudades porque con mucho tino sabían que en ellas serían fácilmente vencidos y acorralados, como les ocurrió a los mexicas atrincherados en Tenochtitlán. Los mapuches preferían atacar los fuertes, como el de Toltén; el cronista Carvallo y Goyeneche comentaba que mientras los indios cortaban la cabeza de un Cristo en el fuerte de Buena Esperanza, ‘zaherían a los prisioneros, diciéndoles que ya les habían muerto a su Dios y que ellos eran más valientes que el Dios de los cristianos’. También construían pucarás’ (o empalizadas) en los alrededores de las ciudades para hostilizar a los españoles o también entre una y otra ciudad para cortar las comunicaciones del enemigo, como fue el caso del pucará de Quiapo, entre Concepción y Cañete.

Tenían a su espalda una quebrada infranqueable, al frente una palizada fuerte y a los flancos dos quebradas impenetrables a la caballería enemiga, por las cuales podían retirarse ordenadamente. alrededor del pucará cavaban grandes fosos que llenaban de estacas y recubrían con ramas, transformándolos en peligrosas trampas camufladas. Téllez afirma que este tipo de pozo fue utilizado por Julio César contra la caballería, pero su uso contra la infantería fue un invento netamente araucano.

Los mapuches crearon, asimismo, la infantería montada. Su capacidad para convertirse en pocos años en consumados jinetes, su posibilidad de llevar una carga más ligera que los españoles y la utilización de lanzas de acero expropiadas al enemigo, les permitió crear una original infantería montada. Comprendieron otra gran verdad táctica que practicaron mucho antes que los ejércitos europeos. Fue ésta la utilización de la infantería montada, que daba a los ejércitos araucanos una movilidad que dejaba desbaratados y perplejos a los generales contrarios. Todos sus guerreros iban montados. Podían, por consiguiente, presentar batalla cuando y donde quisieran, y a la primera

señal de derrota retirarse con suma rapidez”.<sup>39</sup> La infantería montada servía precisamente a los fines de la guerra móvil.

Los indígenas crearon novedosas tácticas de mimetismo y camuflaje. En sus combates con Diego de Losada, los aborígenes de Venezuela aprovechándose de la obscuridad, salieron de las quebradas donde se hablan ocultado y valiéndose de la ridícula estratagema —vociferaba un cronista español— se vistieron de la misma paja de la sabana, y como por ser verano, estaba seca y crecida, sin que pudieran ser vistos se llegaban hasta el mismo alojamiento, y disparaban sus flechas con notable daño.<sup>40</sup> Las huestes de Enriquillo, en la actual República Dominicana, camuflaban sus casas, cubriéndolas de fuerte vegetación.

La mayoría de nuestros indígenas utilizaba señales de humo para comunicar se y desorientar a los conquistadores con falsas indicaciones. Uno de los inventos más notables de los mapuches fue el telégrafo de señales. Palacios anotaba que “uno de los servicios anexos al ejército araucano, i que nunca pudieron implantar los conquistadores, a pesar de comprender la desventaja en que quedaban por esa causa respecto de los indígenas, fue el del telégrafo. El semáforo o telégrafo por medio de señales fue usado por los araucanos tal vez desde antes de la conquista española; pero durante hasta dieron tal impulso i organización a ase servicio que sería increíble si no quedara de ello plena constancia por relatos escritos durante los acontecimientos i por personas entendidas que presenciaron esos hechos. El semáforo araucano insistía en señales hechas con ramas de árboles disimuladas entre el bosque los cerros, i sólo visibles para los sabían su situación. De noche servían de antorchas. El significado de las señales fue guardado siempre en el más absoluto secreto”.<sup>41</sup>

En la resistencia indígena también se practicaba el espionaje y el contra espionaje. Enriquillo ‘mantenía un permanente sistema de información en base a indios de encomiendas que nacían de espías’.<sup>42</sup> Los mapuches fueron sumamente hábiles en el contraespionaje. Enviaban a los campamentos españoles indios que aparentaban someterse; su objetivo era espiar, recoger informaciones acerca de los planes y fuerzas enemigas. Otros se hacían tomar prisioneros con el fin de proporcionar datos falsos a los conquistadores. “Uno de sus engaños más eficaces era vender como esclavos, algunos de sus parientes, mozos o mozas despejadas, y éstos les informaban de todo lo que venía a su observación. Cuando se llevaba a efecto el levantamiento, estos esclavos e ni los primeros en sublevarse y si era posible mataban a sus amos y se posesionaban de sus armas”.<sup>43</sup>

En la isla La Española, los aborígenes crearon “una red de fuentes de aprovisionamiento de sus fuerzas, principalmente mediante el cultivo de común en zonas muy seguras y la práctica organizada de la caza, la pesca y la recolección. Igualmente se preocupaban por establecer reservas estratégicas alimentos en lugares ocultos y sólo conocidos por algunos”.<sup>44</sup> Enriquillo también atacaba las propiedades de los españoles. “En varias ocasiones, las villas de españoles del interior sufrieron los ataques de los guerreros ir él dirigidos y, más todavía, las estancias, hatos e ingenies que estaban dispersos en zonas más o menos poco habitadas. Por otro lado, Enriquillo se preocupó por dificultar las comunicaciones internas de la isla: los viajeros mm frecuentemente asaltados y se veían obligados a andar en grupos fuertemente armados y por caminos no muy apartados. El objeto de estos ataques era obtención de recursos en armas, dinero y otras provisiones como ropas alimentos y, además, la liberación, a veces forzada, de los indios que trabajaban en los establecimientos atacados”.<sup>45</sup>

La capacidad creadora de los mapuches para sacar rápidas conclusiones sobre sus experiencias militares se puso también de manifiesto en la invención de nuevas armas. En pocos años, aprendieron a reemplazar las ondas y flechas por mazas, escudos y lanzas con puntas de acero, utilizando el hierro de las herramientas que sacaban de las minas o de las armas del enemigo. Pronto aprendieron a usar las armas de fuego, como los arcabuces y cañones. Llegaron a juntar azufre para elaborar pólvora. Otro invento de los araucanos fue el lazo, con el cual sorprendieron a los españoles en la batalla de Marigüño, desmontándolos de sus cabalgaduras.

Uno de los aspectos más relevantes de la resistencia fue la unidad de acción lograda en innumerables ocasiones entre los levantamientos indígenas y las rebeliones de los negros esclavos. Ejemplos sobresalientes de esta lucha común fueron el Negro Miguel a mediados del siglo XVI en Venezuela y Enriquillo en la zona de Bairuco en la Isla La Española.

A pesar de la combatividad, los aborígenes no pudieron nunca pasar a la ofensiva estratégica. No superaron la etapa de la defensa activa y de la contraofensiva esporádica. Es sabido que el

triunfo final sólo se logra cuando se pasa a la guerra regular, a la guerra convencional de posiciones.

### El movimiento indígena siglos XVII y XVIII

La resistencia aborígen a la colonización hispano—lusitana se dio no sólo en las primeras décadas del siglo de la conquista, como ya hemos analizado, sino a lo largo de los tres siglos de la colonia.

A medida que los indígenas eran incorporados al trabajo y, en cierta medida, a la sociedad colonial se fueron configurando como sectores explotados de clase. Unos, fueron sometidos a la esclavitud; otros, a la servidumbre de la encomienda, la mita y a relaciones semiserviles en la aparcería y el inquilinaje. También hubo un sector de indígenas y mestizos que constituyó el primer núcleo del proletariado incipiente, sobre todo en las minas y en algunas haciendas en calidad de jornaleros. Otros, se convirtieron en pequeños comerciantes y artesanos. Finalmente, una vasta franja se mantuvo en sus comunidades, conservando el modo comunal de trabajo, en parte barrenado por los mecanismos de la formación social colonial. En síntesis, los indígenas sufrieron variadas formas de explotación y de opresión, tanto de etnia como de clase.

Sin pretender hacer una taxonomía de los movimientos indígenas durante la colonia, creemos que los principales motivos de lucha fueron los siguientes:

a) Defensa de las tierras y de la etnia, que estuvo presente en todos los movimientos, de manera directa a través de las guerras o en forma indirecta mediante una resistencia aparentemente pasiva. Sería largo el listado de combates en defensa de la tierra y de la etnia que se dieron desde México hasta el sur de la región andina y desde el Caribe hasta Brasil. A modo de ejemplo, recordamos el combate de los comuneros indígenas ecuatorianos del siglo XVIII, con ocasión del despojo de sus tierras hecho por el alférez real Martínez Puente: “los indios de ese tiempo, que eran muy bravos, se levantaron con aires de guerra, bien armados, no sólo contra el señor Martínez Puente, sino también contra los blancos de Pillaro”.<sup>46</sup>

b) El rechazo a los tributos y otras cargas fiscales impuestas por los colonizadores, expresado en la resistencia de los tamos de la Isla La Española y en más de veinte motines en la Capitanía General de Guatemala durante los siglos XVII y XVIII. También se rebelaron los otavalos en la Real Audiencia de Quito, en 1615, en contra de los nuevos tributos decretados por la Corona. En oposición a imposiciones similares se levantaron en 1764 las comunidades de San Luis, Lican, Calpi, Varupies y Riobanta.

c) Protesta violenta por la hambruna general a raíz de crisis económicas, especialmente agrícolas, como la de 1691-92 en Nueva España. Según Enrique Semo, “se produjeron levantamientos en la ciudad de México, que más tarde se extendieron al campo, así como a las ciudades de Tlaxcala y Guadalajara”.<sup>47</sup>

d) La resistencia a ser capturados y convertidos en esclavos dio lugar a numerosos movimientos indígenas en Brasil, contra los “bandeirantes” que se internaban en la selva para cazar indios. Asimismo, los guaraníes del Chaco y del Paraguay resistieron con sus armas a la pretensión de los conquistadores de convertirlos en esclavos; rebelión que se extendió hasta las proximidades de Asunción.

La Corona española formalmente se oponía a la esclavitud indígena, pero la justificaba si los indios eran capturados en guerra. En 1608, Felipe II aprobó una Real Cédula por la cual: “todos los indios, siendo los hombres mayores de diez años i medio, i las mujeres de nueve i medio, que fuesen tomados i cautivados en la guerra, sean habidos i tenidos por esclavos suyos, i como tales se pueden servir de ellos, i venderlos, darlos i disponer de ellos a su voluntad”.<sup>48</sup>

Los colonizadores se apoyaron en este argumento monárquico para obligar a los indios a entrar en guerra y luego convertirlos en esclavos. Esa fue la causa que desencadenó en Chile, en 1655, uno de los más grandes levantamientos araucanos, como respuesta a la cacería humana montada por los Salazar, que traficaban esclavos indígenas de Chile hacia el Perú. Las tribus,

desde el Maule hasta Osorno, cubriendo casi la mitad del territorio chileno, se levantaron en un movimiento coordinado, tanto de las comunidades indígenas como de los que trabajaban en las encomiendas. El 14 de febrero de 1655, los mapuches tomaban el importante fuerte de Toltén, mientras los indios del Bio—Bio mataban a sus amos y expropiaban sus ganados. Pronto tomaron Chillán y se atrevieron a invadir Concepción la segunda ciudad más importante de la colonia chilena. El genio militar de la insurrección fue el mestizo Alejo, que se había pasado a las filas mapuches.

La insurrección de 1655, en contra de la esclavitud indígena, produjo enormes pérdidas a los españoles. Las bajas del ejército ascendieron a 900 soldados, es decir, la mitad de los efectivos. Según el cronista Carvallo y Goyeneche, en la primera fase de la rebelión de 1655, los indios “cautivaron más de tres mil trescientos españoles, quitaron cuatrocientas mil cabezas de ganado, vacunos, caballar, cabrío y lanar; y ascendió la pérdida de los vecinos del Rey a \$ 8.000.000 de que se hizo jurídica información”.<sup>49</sup>

e) La rebelión ante el reclutamiento forzoso para trabajar en las minas y haciendas fue frecuente en casi todas las colonias desde el siglo XVI.

En algunos casos, los indios se fugaban de su zona, ocultándose en las selvas y montañas. En otros, utilizaban formas de resistencia, como el suicidio, el infanticidio y el aborto. En México occidental, Lebrón de Quiñones “descubrió que muchas mujeres habían recibido la orden de no concebir y que muchas rehuían el contacto sexual y practicaban regularmente el aborto”.<sup>50</sup>

Otros indios, opuestos al reclutamiento forzoso, se fugaban a los palenques y quilombos de los negros o se unían a los pequeños ejércitos indígenas dedicándose al saqueo y contrabando de ganado. En la Real Audiencia de Quito, los indígenas de Pillaro se rebelaron en 1730 contra el intento de reclutar hombres para el trabajo minero: “más de quinientos indios y mestizos se trasladaron a Sicchos, atacaron las minas y pusieron en libertad a todos los trabajadores forzados”;<sup>51</sup> táctica que repitieron en 1784 los indígenas de la misma Audiencia en Calpi, Luisa y San Juan.

f) Los reclamos por salarios y maltrato también fueron motivo de movimientos indígenas. Los mitayos de Latacunza, en Ecuador, protestaron por el excesivo trabajo y los salarios miserables, que apenas alcanzaban a 18 pesos al año. Este fue también el motivo de la lucha de los indígenas y mestizos de Chile que exigieron el pago semestral en lugar de anual, reclamo que condujo a la primera huelga general de los trabajadores del Norte Chico en 1723.

g) Oposición amada a ser trasladados a regiones apartadas de sus comunidades e inclusive a otras colonias, expresada en el movimiento de los guaraníes, quienes durante tres años (1753—56) se resistieron a ser conducidos a las misiones jesuíticas del Brasil, transacción que había hecho la Corona española a cambio de la colonia de Sacramento. Los aborígenes, respaldados por los jesuitas, llevaron adelante la llamada “guerra guaraníca”, enfrentando en terreno paraguayo a las tropas coaligadas de España y Portugal.

h) Resistencia cultural permanente que se reflejaba en el rechazo a la ideología colonializante, defendiendo su modo de vida cotidiano, sus líneas de parentesco, sus tabúes sexuales muy diferentes a los de los portugueses y españoles, sus comidas típicas, sus formas de gozar el tiempo libre, sus juegos, su forma comunal de producción y sus prácticas mágicas. Inclusive, cuando los curas colonialistas les impusieron forzosamente el catolicismo hicieron un particular sincretismo religioso en el que se mezclaba el dios cristiano de los europeos con los dioses aborígenes.

A pesar de sus triunfos militares sobre los indígenas, los colonizadores se quejaban a menudo de no haberlos podido doblegar culturalmente. Antonio de Ulloa observó en el siglo XVIII que los indígenas no habían cambiado en lo esencial después de más de dos siglos de colonización: “siguen gobernados por sus curacas y caciques, al modo que lo estaban antes de ser conquistados; y lo que en este asunto se advierte de particular es la igualdad que hay en los reducidos con los que nunca lo han sido”.<sup>52</sup>

i) La utilización de los métodos legales para defender sus tierras y su etnia fue una de las formas que utilizaron los indígenas para enfrentar a los colonizadores. Expresión de dicha táctica fue un tipo especial de cabildo, que los indígenas lograron legalizar ante las autoridades de algunas colonias. Estos cabildos lucharon fundamentalmente por reivindicaciones económicas y por la recuperación de sus tierras, especialmente en México, Colombia y Venezuela. Tan importante fue

esa tradición de lucha que actualmente, en 1983, los campesinos de Yaritagua, al oeste de Caracas, han retomado las banderas del Cabildo de 1637 y del líder de aquella época, el indio Juan Bernaldo, como dice el pueblo.

j) Los levantamientos generales constituyeron una de las más altas expresiones de combate del movimiento indígena, ya que fueron rebeliones coordinadas de la mayoría de las tribus con sus hermanos que trabajaban en las empresas de los colonizadores.

Gran parte de los levantamientos generales del siglo XVI los hemos tratado ya en el capítulo sobre la resistencia indígena, dirigida especialmente por Enriquillo en la Isla La Española, por Cuauhtémoc en México, por Tupac Amaru I en Perú, por Rumiñahui en Ecuador, Lautaro en Chile y Guaicaipuro en Venezuela.

Este tipo de rebelión generalizada se hizo más esporádica en los siglos XVII y XVIII, aunque continuaron las insurrecciones parciales y locales, como las de los aborígenes de Venezuela que estallaban en diferentes lugares: en la zona cercana al lago Maracaibo (motilones y jirajara), en la costa del noreste (cumanagotos) y en el centro-sur (caribes). En 1660, en México hubo una gran rebelión de los indígenas de Tehuantepec que abarcó unos doscientos poblados, llegando a establecer un contrapoder local que duró más de un año. En Centroamérica, Perú, Argentina, Uruguay y Brasil se registraron, asimismo, importantes rebeliones locales aborígenes.

En 1599, en Colombia septentrional, y occidental se produjo un alzamiento general que, luego de una prolongada lucha, fue aplastado por el gobernador Juan Guiral Velón. En Ecuador, hubo levantamientos indígenas en 1760 en Tungurahua, y sobre todo, en 1803 en Guamote y Columbe donde se rebelaron diez mil indígenas encabezados por Lorenza Avemañay, Cecilio Tanday, Luis Sigla y Valentín Ramírez. Al ser derrotados, fueron “arrastrados por caballos y degollados para que se perpetúe la memoria del castigo aplicado se dijo”.<sup>53</sup> En Panamá (Darién), se rebelaron los indios de la tribu Bugue-Bugue de 1617 a 1637. La insurrección más importante fue encabezada por el mestizo Luis García, llamado “el Libertador de Darién” en el siglo XVIII. En esa misma zona se alzó en 1778 el indio Bernardo Estola.

En Chile, el movimiento adquirió un carácter más generalizado, llegando a comprender casi la mitad del territorio de la Capitanía General. A los levantamientos generales de 1550, 1598 y 1655 -que ya hemos analizado- les siguieron los de 1723 y 1766, que al igual que los anteriores abarcaron a casi todas las tribus mapuches y parte de los indígenas que laboraban en los campos y las minas de los españoles.

La rebelión de 1723 fue pacientemente preparada a lo largo de ocho años. Estalló el 9 de marzo de 1723 en Purén con el asalto a la casa de Pascual Delgado, uno de los capitanes más odiados por los indios. Encabezados por el cacique Vilumilla, llegaron hasta la zona central de Chile, avanzando desde el sur. Barros Arana señala que los araucanos mantenían la incomunicación entre los fuertes españoles al paso que evitaban con singular destroza todo combate que pudiera serles funesto”.<sup>54</sup>

Los indios —dice el jesuita Enrich— se llevaron cuarenta mil vacas de las haciendas situadas entre Laja y Chillán. Buena parte tendrían en esta pérdida los colegios de la Compañía”.<sup>55</sup> El ejército español, compuesto de 4.000 hombres, se vio obligado a abandonar Nacimiento, Colcura, Arauco Tucapel, etc., y a construir fuertes en la ribera norte del Bio-Bio. Una vez más, la zona Sur quedaba en manos de los mapuches que habían logrado coordinar las luchas con los indios pehuenches de la región cordillerana, huiliches de la zona sur. Una apreciación de la magnitud del levantamiento de 1723 se encuentra en el informe del gobernador Cano de Aponte a la Real Audiencia: “Excede la sublevación a la de 1655, porque desde Bio Bio hasta Valdivia, de mar a cordillera, no hay reducción ni en particular amigo indio alguno de confianza en quien fundar la menor seguridad”<sup>56</sup>.

A mediados del siglo XVIII, las autoridades españolas intentaron la conquista “pacífica” de los araucanos mediante la creación de pueblos de indios. En el Parlamento de Nacimiento, celebrado el 18 de noviembre de 1764, los caciques se mostraron recelosos ante las nuevas proposiciones de sus tradicionales enemigos. Cuando las tribus acordaron rechazar la idea de “reducirse a pueblos, los españoles apresaron a los caciques Curiñancu y Duquihuala. Además, ordenaron al ejército penetrar en Arauco para fundar “pueblos de indios”. Los araucanos respondieron con un nuevo levantamiento general en 1766. Incendiaron casas e iglesias, derrotando

a los colonizadores en sucesivos combates. Los pehuenches, dirigidos por el cacique Lebian, arrasaron La Laja a fines de 1769. Unos cuatro mil indios derrotaron nueva mente el 3 de diciembre de ese año a las tropas españolas, al mando de Salvador Cabrito. El 9 de diciembre, los Pehuenches tomaban la guarnición de Santa Bárbara. La coordinación de los ataques indígenas se hizo más ostensible a medida que los huilliches se sumaban a la lucha y que los araucanos superaban las rivalidades con los pehuenches, fomentadas por los españoles.

El 1º de enero de 1770, las tropas dirigidas por Ambrosio O'Higgims fueron derrotadas por los indígenas. La Real Audiencia, preocupada del aire que iba tomando la rebelión, solicitó ayuda a Cuyo y Buenos Aires. En esos momentos críticos para los españoles, llevó un refuerzo de 600 soldados des de España al mando de Francisco Javier de Morales, que venía como gobernador de Chile. No obstante, los araucanos lograron derrotar a estas fuerzas experimentadas en la cuesta de Marigüeñu. "Izquierdo, que estaba recién llegado de España y que no tenía idea del empuje militar de los indios, viéndolos sin armas de fuego, en vez de esperarlos en sus posiciones, los acometió con los 200 milicianos y soldados de línea que comandaba el 21 de septiembre de 1770. El choque fue horroroso. Los mapuches pelearon como en sus mejores días y batieron completamente a los 200 españoles".<sup>57</sup>

El relato de Thaddaeus Haenke, científico alemán que llegó a Chile en 1793, demuestra el grado de combatividad de la rebelión indígena a fines de la Colonia. "Acostumbran a no presentar batallas formales si no atacar en pelotones, emboscadas, asaltos y correrías repentinas, que llaman malocas, con cuyo método cansan y destruyen al enemigo sin tanto riesgo suyo (...) El mantenimiento de las tropas es en las guerras europeas el artículo más dificultoso; pero el guerrero chilense lleva todas sus municiones de boca con una bolsa llena de harina de habos o cebada, y con su huanpar o vaso de cuerno".<sup>58</sup>

A lo largo de dos siglos y medio, la guerra de resistencia desarrollada por los araucanos en defensa de su tierra y de su etnia, se fue convirtiendo en una guerra social, generalizada a la mayoría de los indígenas, en la que participaban las tribus de Arauco, los Huilliches de la zona sur y los Pehuenches de la región cordillerana. En los levantamientos generales se combinaba la insurrección de las tribus con la rebelión de los indios explotados en los lavaderos de oro, minas y fundos, transformándose así la guerra de resistencia tribal en una guerra que revestía caracteres de lucha social. A esta lucha se fueron incorporando numerosos mestizos, Continuadores di' la experiencia de Lautaro; los mapuches siguieron practicando durante los siglos XVII y XVIII un tipo de guerra móvil combinada con guerra de guerrillas.

La guerra móvil, una variante de guerra irregular, consistía en el desplazamiento a grandes distancias de masas de indios que atacaban, se desconcentraban y volvían a reagruparse para atacar en diversos frentes móviles de operaciones. Esta guerra móvil estaba combinada con algunas tácticas guerrilleras: hostigamiento, emboscadas, falsos ataques, retiradas inesperadas, cambios de frente, evitando siempre el cerco. Los araucanos comprendieron que no era conveniente limitar la lucha a una zona estrecha, sino que debían extenderla a amplios frentes. Así surgió la guerra móvil, a cuyo Servicio estaban las tácticas guerrilleras. Sin embargo, los araucanos no superaron la etapa de la defensa activa y la contraofensiva esporádica. Quizá sus condiciones de existencia material no les permitieron pasar a la ofensiva estratégica tendiente a derrotar en forma definitiva al ejército español. Se limitaron a defender su zona del Bio-Bio al sur y a rechazar los ataques del enemigo. En tal sentido, cumplieron ampliamente el plan de defensa activa: a fines de la colonia, los araucanos conservaban las tierras que tenían antes de iniciarse la conquista española.

k) Las insurrecciones indígenas de carácter político tuvieron su mejor portaestandarte en Tupac Amaru. Su extraordinaria capacidad de convocatoria y su irradiación ideológica fue tan notable que llevó a los cuatro rincones del antiguo imperio incaico, a Colombia y al oeste de Venezuela.

**La rebelión de Tupac Amaru (1780)** se realizó en una época de recuperación demográfica de las comunidades indígenas, azotadas en los dos siglos anteriores por la conquista española y las epidemias de tifus y viruelas. La explotación minera había entrado en crisis en el Virreysato del Perú y renacía la actividad agrícola. Este fortalecimiento de las comunidades aborígenes, unido a las contradicciones surgidas entre españoles y criollos a raíz de la aplicación de las reformas

borbónicas, determinaron un contexto propicio para el desenvolvimiento de la insurrección de Tupac Amaru.

Este movimiento había sido precedido por las rebeliones de Arequipa, Cuzco, La Paz, Charcas y Cochabamba. En el Cuzco, a principios de 1780, el mestizo Lorenzo Farfán de los Godos, junto con los Diateros, se puso al frente de la lucha. En La Paz, un pasquín llegó a lanzar la consigna de: ¡muera el Rey de España!. El 26 de agosto de 1780 se rebelaron los indígenas de Chayante, cerca de Potosí. Otro antecedente importante fue la lucha de Juan Santos Atahualpa, que se decía descendiente de los Incas. Combatió en las montañas de Tarma entre 1742 y 1761.

Estas experiencias de lucha de sus hermanos, que recogían la tradición secular de sus antepasados, permitieron a José Gabriel Condorcanqui diseñar un programa y una estrategia de combate contra los españoles. Nacido el 24 de marzo de 1740, había quedado huérfano de sus padres, Miguel Condorcanqui y Rosa Noguera. Pronto comenzó a usar el apellido de Tupac Amaru, en memoria del Inca Tupac Amaru I, que dirigió en 1572 la resistencia de Vilcabamba. Pudo adquirir una buena educación y casó muy joven con Micaela Bastidas, quien “fue su lugarteniente más inmediata y, a veces, su inspirador”.<sup>59</sup>

El movimiento se inició el 4 de noviembre de 1780 con el apresamiento del corregidor Antonio de Arriaga de la provincia de Tinta, donde se había criado Tupac, a 25 leguas del Cuzco. Prestamente, Tupac Amaru estableció su cuartel general en Tungasuca, obligando al corregidor a redactar una carta dirigida al cajero colonial en la que se ordenaba entregar todos los fondos y las armas. De este modo, Tupac Amaru, montado en su caballo blanco y vestido de terciopelo negro, “dirigía la actividad insurreccional enviando cartas a los caciques principales en las cuales les encargaba (...) la detención de los corregidores”.<sup>60</sup>

El 17 de noviembre de 1780 logró derrotar en Sangarará a un ejército de más de 600 españoles. En lugar de avanzar hacia el Cuzco, como le insinuaba su compañera Micaela, prefirió regresar a Tungasuca, llevándose más de 400 fusiles. Después del notable triunfo de Tupac en Sangarará, “Micaela, que no se quedaba atrás de su marido”,<sup>61</sup> le envió una carta reprochándole no haber marchado sobre el Cuzco. “Parece que una noticia que le envió Tupac Amaru tuvo el efecto de tranquilizarla un poco. Pero nada más que eso, pues un día después de su mencionada carta, el 7 de diciembre, le escribe otra en un tono más reposado, aunque con iguales censuras e insistencias sobre la necesidad de dirigir todo el poderío indígena contra la vieja capital del Tahuantinsuyo”.<sup>62</sup>

Mientras tanto, en el Cuzco se formaron dos bandos: uno, dispuesto a entregarle la ciudad a Tupac Amaru y otro, a resistir. Después de un mes y medio de negociaciones con los cuzqueños, Tupac Amaru se decidió a atacar el 8 de enero de 1781, pero fue derrotado. Los españoles recibieron refuerzos de Lima, llegando a constituir un ejército de 17.000 hombres, que avanzaron sobre Tinta, aplastando a Tupac el 21 de marzo de 1782. Junto con el líder indígena cayeron prisioneros Micaela y sus dos hijos, logrando salvarse el hermano de Tupac Amaru, Diego, y el hijo Mariano. A Micaela le cortaron la lengua y la mataron de un garrotazo. A Tupac Amaru le ataron sus extremidades a cuatro caballos y como no lograron despedazarlo, le cortaron la cabeza, los brazos y los pies.

No obstante esta derrota, la rebelión prosiguió al mando del hermano de Tupac Amaru, Diego Cristóbal, en la región de Collao, abarcando parte del sur de Perú y el altiplano boliviano. Los hechos de armas de esta etapa son más importantes que los de la anterior, contándose entre ellos la conquista de Sorata y la desolación casi completa de La Paz.<sup>63</sup> Diego Cristóbal estableció su cuartel general en Lesangro, cerca del lago Titicaca, contando con la colaboración de Mariano, el hijo de Tupac Amaru, y su sobrino Andrés, conquistador de Sorata, luego de tres meses de asedio.

En Bolivia había surgido otro líder indígena, Julián Apasa o Tupas Amaru, quien puso sitio a La Paz el 13 de marzo de 1781 con su ejército de 40.000 indígenas.<sup>64</sup> Pronto se le sumó Andrés, que también habla adoptado el nombre de Tupac Amaru. Después de varios combates, los españoles lograron romper el cerco el 17 de noviembre de 1781.

La insurrección indígena se propagó rápidamente al norte argentino. “El gobernador Andrés Mestre, quien dirigió la cruel represión del movimiento Tupamarista, afirma que los indios y la plebe urbana estaban impresionados del eco que les ha hecho el nombre de Tupac Amaru. Los núcleos rebeldes en la región de Jujuy fueron capitaneados por el mestizo José Quiroga, de unos 40



años de edad e intérprete en la reducción de San Ignacio de indios Tobas, Quiroga aprovechó sus relaciones con los Tobas y con los indígenas del Chaco, donde habla servido como soldado, para organizar —en febrero de 1781- un vasto movimiento tupamarista”.<sup>65</sup> El 28 de marzo intentaron el asalto de Jujuy y en abril la rebelión se extendió a Salta. En mayo y junio lograron coordinar acciones con los revolucionarios del Alto Perú, que estaban sitiando La Paz. Según Boleslao Lewin, la actividad de los insurrectos en el actual territorio argentino terminó, prácticamente, a fines de junio, aunque seguían ardiendo algunos focos rebeldes.<sup>66</sup>

La prueba de que este vasto movimiento insurreccional abarcó gran parte del antiguo imperio incaico la tenemos en la influencia que ejerció en Ecuador y Colombia. En Quito el empleado judicial, Miguel Tovar y Ugarte, envió una carta a Tupac Amaru incitándole a que extendiera su alzamiento a la Real Audiencia de Quito. Por esta acción, Tovar fue apresado el 24 de noviembre de 1781 y condenado a diez años de cárcel. En la región de Nueva Granada, el movimiento de los comuneros de Socorro reivindicaba la figura de Tupac Amaru. Los comuneros luchaban por sus propias reivindicaciones, pero en muchas de sus actividades y manifestaciones contra las autoridades españolas se hacía sentir la influencia de Tupac Amaru.

Las repercusiones del movimiento revolucionario de Tupac Amaru llegaron hasta el Oeste de Venezuela, como la prueban documentos recién descubiertos en este país, entre ellos un libro privado del obispo Mariano Martí Estadella, encargado de la diócesis de Caracas de 1770 a 1784. El obispo testimonia que la rebelión de los Comuneros del Socorro llegó hasta la región andina de Venezuela, a San Cristóbal, Mérida y Trujillo. En Nirgua, el obispo encontró a Joseph Gómez Montero, español americanizado, protagonista del movimiento de los Comuneros, quien le manifestó que Tupac Amaru vivía y que su imagen había desplazado al retrato del rey español no sólo en Quito sino en la mismísima Audiencia de Santa Fe de Bogotá. Por lo cual el obispo de Caracas considera que el levantamiento de Santa Fe tiraba o miraba a coronación, que algunos han entendido del Inca o de Tupac Amaru (...) los rebeldes del Perú habían ganado a Lima a fuego y sangre y la ciudad de Quito se había entregado sin resistencia”.<sup>67</sup> Aunque gran parte de estas noticias no eran veraces, demuestran la onda expansiva, tanto militar como ideológica, del movimiento indígena de Tupac Amaru.<sup>68</sup>

Las repercusiones de esta insurrección agudizaron las contradicciones entre españoles y criollos, especialmente en Cochabamba, Charcas, Oruro y Tupiza. En febrero de 1781 estalló una rebelión en Oruro, donde circulaba un poema que decía: el ser Yndiano es maldad / y el tener caudal le añade / la circunstancia más grave / que agravia a la Majestad / (...) Prueba es de esta verdad / la infame persecución / que sostiene el corazón / del europeo villano / contra Oruro y todo Yndiano / por no ser de su Nación”.<sup>69</sup>

Los españoles decidieron, entonces, expulsar del cabildo a dos ricos mineros criollos. “Así, mientras crecía la insurrección de los mestizos dentro de la ciudad, peninsulares y criollos se enfrentaban porque los primeros temían la alianza de los criollos con las castas. Así ocurrió, efectivamente. Dueña de la ciudad con el apoyo de los indios vecinos, y después de violenta lucha, la plebe urbana otorgó la autoridad al minero criollo Ja cinto Rodríguez como Justicia Mayor. Pero las alternativas de los días subsiguientes modificaron las alianzas. Mestizos e indios llegaron demasiado lejos en la persecución de los chapetones, Y los criollos retrocedieron: rechazaron a sus ocasionales aliados y pactaron con los peninsulares, unidos a los cuales emprendieron una enérgica represión de la plebe sublevada y de los indios que la apoyaban”.<sup>70</sup>

En síntesis, el movimiento de Tupac Amaru tuvo respaldo masivo de indios y mestizos, además de algunas simpatías criollas porque su programa combinaba las reivindicaciones específicas de los indígenas con la lucha contra la opresión española. Sin embargo, a la hora de definirse, los criollos no sólo vacilaron, sino que se aliaron con los godos para reprimir a los indios y mestizos.

El programa de Tupac Amaru planteaba puntos importantes en favor de la masa de explotados de la Colonia. En carta al cacique Diego Chuquihuanca, el líder indígena manifestaba: “Tengo comisión para extinguir corregidores en beneficio del bien público, en esta forma que no haya más corregidores en adelante, como también con totalidad se quiten minas en Potosí, alcabalas, aduanas y muchas otras introducciones perniciosas”.<sup>71</sup> Este punto favorecía a los sectores criollos que permanentemente reclamaban por los elevados impuestos, entre ellos el de alcabala, como asimismo por el rígido control de las aduanas y los excesivos aranceles.

Otro punto del programa era el término del sistema de mitas, una de las reivindicaciones más sentidas por los indígenas. Tupac Amaru luchaba no sólo por la liquidación de la mita minera sino también por la eliminación de la mita en los obrajes textiles. Esta aspiración fue llevada a la práctica ocho días después del grito de Tinta. Tupac “mandó abrir en su presencia el obraje de Pomacanchi, ordenó que se abonara a los operarios lo que el dueño les adeudaba y los bienes restantes”.<sup>72</sup>

Tupac Amaru planteó también la libertad de los esclavos, siendo uno de los primeros latinoamericanos, junto con Picornelí, Gual y España, en levantar esta bandera libertaria contra los esclavócratas tanto españoles como blancos criollos.

El movimiento de Tupac Amaru tuvo un carácter ostensiblemente político no sólo por su programa sino también por sus acciones, que lo condujeron a proclamarse rey de Perú, Chile, Quito y Tucumán, intención separatista que ha sido soslayada por la historiografía tradicional. Tupac Amaru fue capaz de combinar la lucha por las reivindicaciones específicas de su etnia con las aspiraciones independentistas en contra de la opresión española.

### El movimiento indígena Siglo XIX

El movimiento indígena resurgió con inusitado vigor durante la segunda mitad del siglo XIX como legítima reacción ante la segunda conquista y colonización de los blancos, ahora criollos, que reeditaron la usurpación de tierras consumada por los españoles durante la colonia. Este nuevo despojo de las tierras que aún conservaban los aborígenes era el resultado de un proceso de acumulación originaria de la tierra que se disfrazó con el nombre de ampliación de la frontera interior o de conquista del desierto. Millones de hectáreas fueron arrebatadas a los indígenas para cumplir una doble función: ampliar la propiedad territorial y “liberar” mano de obra indígena.

La Cuestión Nacional no solamente se limitó al proceso de semicolonización, agudizado por la inversión de capital extranjero y la deuda externa, sino también al problema de las minorías nacionales. Los Estados y las burguesías criollas, responsables directos del envío de ejércitos para aplastar a los aborígenes, redoblaron la opresión de las comunidades indígenas, con el agravante de que éstas no constituían minorías nacionales en Mesoamérica y la región andina, sino que con los mestizos eran la mayoría de la población. Junto a ellos estaban los negros, zambos y mestizos que también eran aplastante mayoría en Brasil y la región del Caribe, aunque no tenían la misma reivindicación de la tierra que levantaban los indígenas.

Con la expropiación de las tierras y la venta forzosa de la fuerza de trabajo, la cuestión de clase se combinó de manera entonces evidente con el problema étnico de las nacionalidades indígenas. Algunos se hicieron pequeños propietarios, muchos jornaleros y unos pocos obreros industriales urbanos. Ya no sólo comenzaron a enfrentar a la clase dominante opresora de sus etnias sino también a la burguesía como clase explotadora. La sociedad indígena se enfrentó como un todo al sistema y al Estado burgués. En síntesis, la relación etnia-clase fue adquiriendo nuevas formas a medida que evolucionaba el propio sistema de dominación capitalista.

La brutal y sangrienta ofensiva de esta segunda conquista ha inducido a ciertos autores, de tendencia hispanista, a magnificar las medidas de protección dictadas por la monarquía española en favor de los indígenas. Es efectivo que los gobiernos criollos, surgidos de la independencia, desautorizaron las medidas de Bolívar y terminaron con los resguardos indígenas, pero esto no puede significar de ninguna manera una justificación del etnocidio español.

La burguesía criolla no solamente se apoderó de las tierras que les que daban a los aborígenes sino que también fue creando toda una ideología en torno al trabajo y la discriminación racial para justificar y racionalizar la opresión y la explotación. En un artículo aparecido en México en 1865, titulado “La Cuestión India”, se manifestaba: “¿Cómo podríamos explotar nosotros a un indio que no tiene nada? ¿Su trabajo?. Sepan que nosotros les pagamos todavía mucho más de su valor (...) aumentar su salario sería un error fatal. Si el indio ganara tres reales por día, trabajaría solamente tres días a la semana, para ganar nueve reales como ahora.”<sup>73</sup> Un ideólogo de la burguesía mexicana, Eduardo Ruiz, decía a mediados del siglo XIX: “¡Es en vano que se hayan abierto las puertas de la civilización al indio!”<sup>74</sup>

En su viaje por América, Eliseo Reclus anotaba en 1860 a su paso por Santa Marta, en Colombia: “Los habitantes del llano, blancos y negros, eran los únicos que llevaban nombre de gente; en cuanto a los indios de los montes, no tienen derecho al título de hombres, no son más que chinos (...) los indios eran nadie”.<sup>75</sup>

Uno de los principales elementos de la ideología burguesa para liquidar las comunidades indígenas era que el sistema de propiedad comunal originaba todos los males sociales y hacía perder al indio su individualismo y espíritu de empresa personal. En el fondo, el plan de la segunda conquista o “colonización” tenía como finalidad la liquidación de la posesión colectiva de la tierra y la implantación de la pequeña propiedad entre los indígenas. Así lo manifestaba claramente el Intendente de Arauco en nota del 3 de mayo de 1854 al presidente Manuel Montt: “Estoy plenamente convencido que la comunidad de bienes es lo que constituye en gran parte la barbarie de aquella gente y si se obtiene la divisibilidad perfecta de la propiedad entre ellos, puede decirse que se ha fijado el punto principal para la reducción y civilización del territorio araucano”.<sup>76</sup>

La ofensiva de los Estados y sus ejércitos contra las zonas habitadas por los indígenas fue generalizada en todos los países de América Latina, con excepción del Caribe donde ya no quedaban aborígenes. Como contrapartida, también fue generalizada la reacción del movimiento indígena, desde México hasta la Araucanía.

La resistencia indígena a la expropiación de tierras se expresó agudamente en Yucatán, en 1845, con la llamada “Guerra de Castas” que duró hasta fines del siglo. Durante esta década se produjeron rebeliones en Sonora y Guerrero. En 1844, según la Memoria de la Secretaría de Estado, “en el sur del Estado de México y en otros puntos de los de Puebla y Oaxaca, hay reuniones considerables de indígenas amados que alteran la tranquilidad y el orden, bajo el pretexto falaz de que los propietarios les han quitado sus tierras comunales y sus pasturas”.<sup>77</sup> Los indígenas de Oaxaca, liderados por Jutichán, recuperaron parte de sus tierras en la larga guerra de 1845-1853.

Mientras tanto continuaba la “Guerra de Castas” liderada por Cecilio Chi, que llegó a reconquistar dos tercios de las tierras que les habían pertenecido a los aborígenes de Yucatán. En 1858 sitiaron Mérida y Campeche. Ante la llegada del ejército, 50.000 indígenas “antes de rendirse, prefieren organizar el Estado independiente de los cruzos, estado teocrático y guerrero apoyado por Honduras británica”.<sup>78</sup> En un territorio que iba de Tulum al lago Bacalar, en su capital de Cham Santa Cruz, trataron de darse una vida autónoma, siendo finalmente derrotados en 1901.

La ley de desamortización de tierras indígenas, dictada por el gobierno en 1856, provocó nuevos levantamientos campesinos, al igual que el nuevo régimen impositivo. Los tzotziles de Chiapas se sublevaron contra los nuevos impuestos, pero los 6.000 indios organizados fueron derrotados por el ejército al mando del general Ignacio Coyazo Panchín, que murió en la batalla. En este período surge el bandolero social Manuel Losada, el “Tigre de Alica”, que pactaba tanto con conservadores como con liberales, e inclusive con Maximiliano, con el fin de recuperar las tierras de las comunidades. Así logró el apoyo de los campesinos e indígenas de la sierra de Nayarit, donde formó una especie de estado. A su muerte, el diario “El siglo XIX del 15 de febrero de 1873 señalaba: ‘Losada tenía razón al decir que una vez tomada Guadalajara, cien mil hombres se unirían a él. Antes de salir a batirse, había enviado a sus emisarios a todos los pueblos, llamando a la gente a unirse a él para una sublevación general’”.<sup>79</sup> Cuatro años antes, el mismo diario escribía: “Cuarenta pueblos del distrito de Pachuca se han unido para re clamar sus tierras y entre ellos se ha propagado la doctrina de que la tierra es de todos. Desgraciadamente pretenden ponerla en práctica”.<sup>80</sup>

En 1875 comenzó la “Guerra de Castas” de los yaquis que se prolongó hasta 1926. El líder indígena Cajeme aprovechó la guerra civil entre los blancos para confederar a los indios yaquis, a los mayas y a los de Sonora con el fin de recuperar las tierras expropiadas por los “yoris” o blancos.

En 1877 se produjo una vasta rebelión en Huasteca y Sierra Gorda. Ochocientos campesinos, encabezados por el cura Zavala y el indio Juan Santiago se lanzaron a la reconquista de sus tierras, al grito de “Muerte a todo el de pantalón”. La insurrección se extendió al estado de Hidalgo, cuyo gobernador llegó a hablar de una guerra “comunista. Juan Estrada, a nombre de su gente indígena, manifestaba: “el pueblo de Tepetitlán (distrito de Iruia) sufre una espantosa miseria porque las

tierras que desde tiempos inmemoriales nos legaron nuestros ancestros, han sido usurpadas por el propietario de un terreno que se encuentra en su Centro y que él bautizó hacienda”.<sup>81</sup> El periódico **El Socialista** señalaba en 1878: “La pretendida revolución comunista gana cada día en Hidalgo (...) ese estado no podrá estar en paz en tanto persista la causa de tanta agitación, es decir, el despojo de los pobres por los ricos”.<sup>82</sup>

El 1º de junio de 1879 se rebelaron mil trescientos campesinos de Querétaro y Guanajuato, levantando el “Plan de la Barranca”, de inspiración socialista. Pablo González Casanova señala que “el movimiento socialista mexicano de fines del siglo XIX se había caracterizado desde un principio por un socialismo ‘proudhoniano’ y agrarista, y por sostener una posición nacionalista y anticolonialista muy rara en el socialismo de entonces (...) los autores del ‘Plan de la Barranca’ venían de esa cepa socialista y participaban en la polémica con las armas en la mano. En los considerandos de su plan revolucionario anunciaron a los gobiernos constituidos, favorables a los hacendados y a la industria extranjera, causas reales de la esclavitud del pueblo mexicano, de los despojos de tierras a los indígenas, de la pobreza de los jornaleros y de los sufrimientos de los proletarios (...) los insurrectos desconocieron a todo Gobierno que no fuese ‘municipal-socialista’ y se abocaron a la integración de ‘falanges populares’, base de un futuro ejército socialista y de un gobierno socialista que implantarían una vez ocupada la capital de la República (...) además, en cada capital ocupada formarían de acuerdo con el ‘Plan’ un congreso agrario para que éste devolviera a los indígenas los terrenos que les habían usurpado”.<sup>83</sup> Ese mismo año se realizó el Primer Congreso Nacional de los pueblos indígenas.

El 15 de julio de 1879 estalló en Sierra Gorda un movimiento agrario que planteó una República de Trabajadores, con un plan bastante preciso de reforma agraria, elaborado por el Directorio Socialista encabezado por Diego Hernández. En 1882, una sublevación dirigida por el cura Mauricio Zavala, amigo del indio Juan Sartiago, sublevó la zona de la huasteca, repudiando la propiedad privada y propagando el comunismo”, según decía el gobernador Pedro Díez Gutiérrez ante el Congreso. En Peñatla Veracruz, se sucedieron numerosas rebeliones en 1884, 1891 y 1896 en contra de la expropiación de las tierras comunales. En 1893 se insurreccionaron los indios de Chihuahua por el despojo de tierras cometido por las Compañías forestales.

En Centroamérica también se produjeron rebeliones indígenas a raíz de la expropiación de las tierras que aún conservaban. En El Salvador estas insurrecciones se acrecentaron por los decretos de 1881 y 1882 que los despojaban de sus tierras, terminando con los ejidos y las comunidades. En 1889, se produjo una importante rebelión campesina en el oeste del país, ferozmente reprimida por la Policía Montada.

En Colombia las rebeliones indígenas se generalizaron ante los reiterados intentos de la burguesía criolla y del Estado de liquidar o dividir los resguardos indígenas que venían de la colonia. Las medidas adoptadas por Bolívar en favor de los indígenas fueron rápidamente anuladas por la clase dominante. Es importante destacar que en Colombia, más que en otros países latinoamericanos, los indígenas lograron conservar importantes tierras comunales, calificadas de “resguardos”. Por eso, desde el momento de la disolución de la Gran Colombia, los gobernantes se lanzaron a la conquista de esas tierras. Ya en 1833, los indígenas de San Sebastián, Caquina, Pancitará y Guachinoco denunciaron estos planes de división de los resguardos en un memorial dirigido al gobernador: “Si se llevara a efecto el repartimiento quedamos reducidos a un estado el más deplorable (...) nuestros hijos, que si se casan y forman nuevas familias, no tendrán ya en donde establecerse, porque enajenados los terrenos no les quedará la libertad que ahora tenemos de terminar sus casas (...) y se verán obligados a expatriarse para buscar subsistencia”.<sup>84</sup> Precisamente, eso era lo que querían los terratenientes: liberar mano de obra, además de apoderarse de las tierras de las comunidades.

Los historiadores que han magnificado la expropiación de las tierras de la iglesia, realizada por los gobiernos liberales, parecen olvidar que ese fue el período en que más despojos de tierras indígenas se hizo en la historia republicana: “en la desamortización liberal de bienes de manos muertas, en 1862 -anota certeramente Antonio García- no sólo se consideraban como **manos muertas** las grandes haciendas de la iglesia o los ejidos de los municipios, sino los bienes territoriales de comunidades indígenas”.<sup>85</sup> Precisamente, a partir de la década del 60 recrudecen las insurrecciones indígenas, aprovechando en muchas ocasiones las guerras civiles entre blancos. En 1861 se produjo el levantamiento de los indígenas de Tierra Adentro en contra de los latifundistas

que se habían apoderado de los terrenos de resguardo en Pitayó y Jambaló. Ante la arremetida de los aborígenes y su decisión de luchar hasta las últimas con secuencias por la recuperación de sus tierras, el gobierno liberal de Mosquera se vio obligado a llegar a una transacción, por la cual se asignaron a los indígenas de esa zona títulos de propiedad individual, cargando los costos de la operación al Estado colombiano. Pero el despojo continuó. La Ley N<sup>o</sup> 89 de 1890 llegó a establecer en el artículo 1<sup>o</sup>: “la legislación general de la República no regirá entre los salvajes que vayan reduciéndose a la vida civilizada por medio de las misiones. El gobierno, de acuerdo con la autoridad eclesiástica, determinará la manera cómo esas incipientes sociedades deben ser gobernadas”.<sup>86</sup> No obstante, la rebelión indígena prosiguió hasta bien entrado el siglo XX.

Ecuador fue otro país de constantes rebeliones indígenas desde comienzos de la República, tanto por los despojos de tierras como por el sistema de concertaje practicado por los gamonales de la sierra, además de los gravosos y reiterados impuestos. En 1856 los indígenas de Biblian se rebelaron contra los diezmos. Una década antes se había producido en las provincias de Pichincha y Chimborazo un levantamiento generalizado en contra del aumento de las contribuciones, que terminó ajusticiando al terrateniente Adolfo Klinger, dueño de la hacienda de Guachalá. En 1862 volvió a repetirse en Chimborazo una sublevación campesina por la cuestión de los diezmos, fuertemente reprimida por la dictadura de García Moreno. Comentando estas insurrecciones pensador liberal más importante del siglo XIX ecuatoriano. Juan Montalvo, decía: “y los indios levantándose del uno al otro extremo de la república cansados de la opresión, indignados de los tributos, exasperados de las mil formas con que el monstruo de la tiranía asedia a todos(...) los indios son ahora más civilizados, más caballeros que los blancos del Ecuador (...) ellos valen más que nosotros porque se levantan, aunque sea para caer en su sangre”.<sup>87</sup>

Los indígenas continuaron su lucha contra la dictadura de García Moreno en 1871, rebelándose en la zona central al mando de Fernando Daquilema, vástago de los Duchicelas. Esta rebelión, que abarcó Sicalpa, Junin y amenaza con la toma de Riobamba y Cajabamba, se hizo contra los rematadores de diezmos. Fernando Daquilema, proclamado inca por sus hermanos de lucha fue asesinado al año siguiente de haber iniciado la insurrección. Al hacer referencia a esta rebelión en su mensaje al Congreso de 1873, García dijo: “El gobierno no ha hecho uso de la facultad de declarar el Estado de sitio, sino en los pocos días que duró el levantamiento de una parte de la raza indígena contra los blancos en la provincia de Chimborazo a fines de 1871, movimiento que, producido por la embriaguez y la venganza y manchada con varios actos de salvaje atrocidad, fue contenido fácilmente por las armadas”.<sup>88</sup>

Muy pronto, los indígenas volvieron a la carga, participando activamente en las rebeliones de Loja (1882), en las de Licto (1884) y en las lucha de Eloy Alfaro que culminaron en la revolución liberal de 1895.

Las insurrecciones del Perú se dieron también por razones similares, a las de la sierra ecuatoriana. Los gamonales peruanos mantenían desde la colonia un sistema de opresión brutal sobre la masa indígena. Por eso, no son extrañas las frecuentes noticias que se encuentran sobre las distintas formas de protesta de los aborígenes. En 1867 y 1868 se produjo un gran levantamiento indígena en el sur, orientado por un líder liberal criollo, Juan Bustamante, contra los abusos de los compradores de productos indígenas. En 1885 se dio la sublevación de Pedro Pablo Atusparias en el Departamento de Ancash en contra de los impuestos que se cobraba a los comuneros y por el trabajo forzado que se les imponía. Llegaron a publicar un periódico llamado “Sol del Inca”. En el movimiento se dieron dos tendencias: una, dura, contra todos los blancos y otra, moderada, que intentaba lograr cierto apoyo de un sector blanco, encabezada por Atusparias, que finalmente se envenenó. Luego, todos se unieron bajo la conducción de Uchku Pedro, reorganizando la ofensiva hasta sitiar Huaras, en uno de los más grandes movimientos hechos en el Perú desde la época de Tupac Amaru.

En Bolivia, Guillermo Lora ha hecho un exhaustivo estudio sobre las rebeliones quechuas y aymarás, en el que demuestra las principales motivaciones y las tácticas de lucha utilizadas por los aborígenes en defensa de sus etnias y de sus tierras, combates que se produjeron de manera constante a lo largo del primer siglo republicano. Es interesante destacar que en las últimas décadas del siglo XIX, las insurrecciones indígenas comenzaron a combinar se e interrelacionarse con los primeros movimientos obreros de las minas. Allí también empezó a profundizarse la relación etnia—clase, porque la mayoría aplastante del proletariado minero estaba integrada por indígenas y

mestizos. A partir de entonces, la relación etno—clase se convertirá en una constante de la historia social boliviana, especialmente en la zona de las minas de estaño en Oruro, Siglo XX y Llallagua.

Una de las rebeliones más importantes fue la de 1899. El proceso se inició a raíz del triunfo de la Revolución Federal de 1898, que sectores indígenas apoyaron en un principio ante el pedido de ayuda de los liberales para enfrentar la reacción de los conservadores. Pronto los indígenas sobrepasaron la conducción liberal de Pando, lanzándose a la recuperación de las tierras que les habían sido arrebatadas, especialmente a partir de la década de 1870. Pablo Zárate Willka se puso a la cabeza de la insurrección de miles de indios, con un odio de siglos, por la brutal opresión y explotación a que habían sido sometidos. En Ayo—Ayo degollaron a una parte de la aristocracia chuquisaqueña, derrotando al Escuadrón Sucre en Corocoro. La insurrección se extendió a varias provincias y, sobre todo, empezó a ganar el apoyo de los trabajadores mineros. El principal método de lucha fue la guerrilla combinada con la guerra móvil. “Ocurrieron —dice González Casanova— levantamientos y cercos contra los poblados blancos, donde los indios establecieron sus propios gobiernos (...) La insurgencia se extendió al sur de Bolivia, por Hurmuri, Huancarú y Peñas, donde los hechos culminaron el 13 de abril de 1899 con la proclamación de una república indígena”.<sup>89</sup> Después de un año de combate, Willka fue apresado e inmediatamente asesinado. Sin embargo, esta experiencia de lucha, que llegó a establecer zonas liberadas, fue decisiva para el desarrollo del poder local y la dualidad de poderes que se planeará reiteradamente en el proceso social boliviano del siglo XX.

En esta época, la burguesía chilena logró conquistar en forma definitiva las tierras de los araucanos y someter a las leyes del Estado capitalista al pueblo mapuche, que había resistido durante tres siglos los planes de colonización de los “huincas” o blancos. La penetración comercial facilitó el camino para la conquista militar porque minó las bases de la comunidad aborigen y produjo antagonismos entre las diferentes tribus, vulnerando la unidad que los mapuches habían forjado en su lucha contra los invasores.

Los negocios de los llamados “capitanes de amigos” con los caciques fueron estableciendo desde fines de la colonia una relación que expresaba en forma dinámica la penetración del capital comercial y la creciente disolución de la comunidad. Los jefes de las tribus, que mantenían relaciones con los “huincas”, formalizaban el intercambio entre la comunidad y los comerciantes, reforzándose la tendencia al “jefismo” del cacique o “principal” y provocando el surgimiento de una especie de “élite” indígena.

Estos sectores indígenas acomodados, denominados “gúmenes” (caciques ricos), comenzaron a adquirir relevancia en la naciente estructura jerárquica de poder, que hasta entonces no había conocido el pueblo mapuche. Este núcleo había logrado adquirir cierta riqueza a través de los negocios que establecía con los “capitanes de amigos”, del control de parte del botín de guerra y, especialmente, del contrabando de ganado que realizaba en la zona.

Alberto Hinrichsen señala: “la guerra pone bajo el control de los caciques una parte sustancial del producto social excedente; por otra, también los ‘beneficios’ del comercio van haciendo perder la agresividad de los caciques (...) El alto estrato mapuche no surge sólo como un resultado de los avances que la comunidad logra en el plano de la base económica, sino fundamentalmente por la acción aceleradora y transformadora, en una palabra, corrosiva, del capitalismo comercial”.<sup>90</sup>

La generalización de las relaciones mercantiles aceleró el proceso de apropiación de las tierras indígenas. El gobierno de Manuel Montt (1851-1861) coaccionó a los indios para que vendieran sus tierras al Estado o a los particulares, como fase inicial de un plan de colonización de mayor envergadura en la zona de la Frontera, que tenía como finalidad la liquidación de la propiedad comunitaria y la implantación de la pequeña propiedad privada entre los indios. Los caciques comenzaron a vender tierras que no eran de propiedad personal sino de la comunidad. El indio Trango vendió a Cornelio Saavedra una extensa propiedad de la zona de Tucapel en cuatrocientos pesos; Tomás Rebolledo compró seiscientas cuerdas a los indígenas por ciento cincuenta pesos y Joaquín Fuentealba unas dos mil hectáreas por quinientos pesos. Varios caciques, en defensa de la tradición comunal de la tierra, trataron de detener el proceso de venta de terrenos castigando a los indios que actuaban de espaldas a la comunidad. Una carta de Bernardino Pradel, fechada en Chillán el 29 de junio de 1862, narra que “los caciques viejos creen que todas las tierras en que

habitan las diferentes tribus son nacionales, y que para vender es necesario consultar la voluntad de toda su nación, so pena de pérdida de la vida del que vendiese”.<sup>91</sup> Esta comunicación refleja que no existía la propiedad privada entre los mapuches, pero expresa al mismo tiempo que las relaciones comerciales hablan corroído los cimientos de la comunidad al establecer que se podían vender tierras consultando “la voluntad de toda la nación” Los abusos de los compradores no se limitaban a adquirir tierras a precios irrisorios sino que también practicaban la “corrida de cercos”, es decir, apropiación de los terrenos colindantes.

La creciente ocupación de tierras por parte del Ejército de la Frontera, comandado por el coronel Cornelio Saavedra, desencadenó un nuevo levantamiento general de los araucanos entre los años 1868 y 1871. El coronel Saavedra se propuso avanzar la línea de la Frontera hasta Malleco, garantizando así la estabilidad de los colonos que quedaran atrás de la línea de fuertes. Su plan contemplaba la compra de tierras a los indígenas por parte del Estado y la posterior subdivisión y venta de estos terrenos a particulares con el fin de lograr mayores ingresos para el fisco.

A fines de la década de 1860, Saavedra había logrado cumplir gran parte de sus objetivos, presionando a ciertos caciques para que vendieran alrededor de 100.000 hectáreas al fisco y ocupando militarmente casi toda la zona de la costa. Al término de su campaña, había arrebatado 1.260.000 hectáreas a los mapuches.

Los indios “arribanos”, que vivían en la zona cordillerana, dirigidos por el cacique Quilapán, lograron coordinar un levantamiento con los “abajinos” de la costa, limando las diferencias que habían fomentado entre las tribus los gobernadores de la Frontera. Las 3.000 lanzas de los abajinos, encabeza dos por Catrileo, Coñioepan, Marileo y Painemal se sumaron a otras tantas de los arribanos de Quilapán, digno heredero de la tradición de lucha de sus antepasados. Los araucanos lograron algunos triunfos parciales en Traiguén y Perasco, utilizando la táctica de guerra móvil con guerra de guerrillas. Pedro Ruiz Aldea comentaba en 1868 que los araucanos “nunca forman una línea de batalla, sino que aparecen en diferentes puntos en grandes pelotones. Cuando tienen la seguridad de vencer, atacan, cuando no, se retiran (...) cuando el enemigo ocupa una posición ventajosa recurren al expediente de incendiarle los campos, o de hostilizarlo de otra manera, para traerlo al combate o hacerlo que desaloje su posición (...) gústale más emplear la paciencia y la astucia que comprometer su ejército o aventurarse en una batalla dudosa”.<sup>92</sup>

En enero de 1869, unos 1.500 indios fueron rechazados en Chihuaihue pero lograron reagrupar sus fuerzas y atacaron Angol. En la zona de la costa el coronel Saavedra había ocupado Tucapel y Cañete. En 1870, las indómitas huestes de Quilapán, integradas por unos 3.000 indios, volvieron a la carga. El 25 de enero de 1871 se lanzaron al asalto de Collipulli, donde fueron derrotadas por un ejército regular de 2.500 hombres. Las modernas armas automáticas y la red de líneas telegráficas tendidas en la zona de la Frontera fueron factores decisivos en los triunfos del ejército. La comunicación telegráfica permitió a los jefes militares concentrar fuerzas y enfrentar, con mayor éxito que en campañas anteriores, la táctica guerrillera que practicaban los araucanos.<sup>93</sup>

Después de tres años de lucha, terminaba el octavo levantamiento general de los mapuches. En las rebeliones anteriores -1550, 1598, 1723, 1766, 1818 y 1860— los indígenas habían logrado que sus enemigos no pasaran la zona del Bio—Bio. A partir de la década de 1870 el ejército comenzó a controlar la región de Malleco, al sur del río anteriormente mencionado.

Los mapuches aprovecharon la coyuntura de la Guerra del Pacífico para preparar su noveno levantamiento general. El envío de soldados al Pera había debilitado al Ejército de la Frontera, circunstancia propicia para iniciar la rebelión. No era la primera vez en la historia de la República que los araucanos aprovechaban la guerra entre los huincas para reiniciar la lucha por la recuperación de sus tierras. El momento escogido para el comienzo de la rebelión era altamente favorable, pero las condiciones objetivas habían cambiado. La comunidad mapuche estaba en un proceso de desintegración, a raíz de la influencia que ejercía sobre la economía aborigen la acelerada penetración del capitalismo comercial y la venta de las tierras a los particulares y al fisco. Paralelamente, se habla producido un fortalecimiento del proceso de la conquista. El avance de la línea de la Frontera al río Malleco y el remate de las tierras para facilitar el asentamiento de los colonos, permitió consolidar sobre bases más firmes las zonas arrebatadas a los indios, al contar con una sólida retaguardia social y económica.

El último levantamiento general indígena se inició a fines del 1860 y terminó en diciembre de 1882. El 27 de enero de 1881, unos 3.000 araucanos atacaron Traiguén, arrasando con las haciendas y el ganado, represalia por los abusos de los “huincas” como decía uno de los caciques a Gregorio Urrutia: “Mira lo que han hecho sólo conmigo; violaron y mataron a mis mujeres y también asesinaron a mis hijos; ¿y cómo queréis entonces, coronel, que no me subleve, cuando se me trata así? Mire coronel: preferimos morir todos con la lanza en la mano, y no asesinados en nuestras casas por tus paisanos”.<sup>94</sup> Los indios abajinos se plegaron a la lucha de sus hermanos arribanos en noviembre de 1881. Unos 0.000 indios atacaron simultáneamente las plazas de Temuco y Lumaco, siendo derrotados en forma aplastante.

El ya ascendido general Urrutia se dispuso a preparar la ofensiva final. La estrategia consistía en batir a los indios en sus últimos reductos de Villarrica, a través de un plan coordinado con el ejército argentino que habla logrado arrinconar a los indios de la Pampa en la zona de Neuquén. Por su parte, los indígenas de ambos lados de la cordillera estaban en contacto permanente para defenderse de la ofensiva militar de los blancos. Numerosos jefes indígenas que operaban en las pampas argentinas provenían de la zona araucana. Uno de los más destacados, Juan Calfucurá, puso en jaque al ejército argentino en las décadas de 1850 y 1860. Su hijo, el bravo Namuncurá, hizo frente en muchas oportunidades a los ejércitos regulares de Argentina.

La coordinación de las tropas chilenas y argentinas para aplastar a los indios se fue consolidando durante la década de 1870 con las operaciones de los argentinos Mariano Bejarano y Adolfo Alsina, que coincidieron con la ofensiva de Cornelio Saavedra en la zona araucana. A la muerte de Alsina, le sucedió, en el Ministerio de Guerra, el general Julio Argentino Roca que organizó la “Campaña del Desierto” con 26 columnas premunidas de moderno armamento, de fusiles de repetición Remington y medios de comunicación telegráfica. El coronel argentino Olascoaga, que había realizado con Saavedra una excursión a la Araucanía, presentó al general Roca un plan conjunto de operaciones. Estanislao Zeballos comentaba en 1878 que estaba de acuerdo con “el sistema del coronel Saavedra para ocupar la línea de Toltén hasta Villarrica, e interrumpir la comunicación de los araucanos arribanos con los indios pampas, con quienes estaban aliados en sus levantamientos ya contra la frontera argentina o la chilena (...) Si la cuestión de límites no fuera un estorbo, el patriotismo y el esfuerzo combinado de ambas repúblicas daría un resultado brillante y grandioso, porque mientras nosotros arrojábamos al sur del Río Negro a los araucanos del este a Puelches, Chile podía operar de a cuerdo con nuestro ejército y marchar de frente del Malleco al Toltén, arrojando a los araucanos occidentales al sur de Valdivia”<sup>95</sup>

Por encima de sus diferencias limítrofes, las burguesías chilena y argentina se pusieron de acuerdo en un plan de operaciones militares para aplastar a los indígenas y apoderarse en forma definitiva de sus tierras. Mientras el ejército argentino ocupaba toda la pampa hasta el río Negro, los jefes chilenos tomaban Villarrica en 1882, liquidando la guerra de resistencia que habían sostenido tenazmente los araucanos durante más de tres siglos. José Hernández en el Martín Fierro fue uno de los pocos escritores de la época en reconocer la bravura y capacidad de los indios: “el indio es una hormiga / que día y noche está despierto / sabe manejar las bolas/ como naides las maneja . / ¡qué fletes traiban los bárbaros, / como una luz de lijeros / es de admirar la destreza / con que la lanza manejan / y con la lanza en la mano / gritando: acabau, cristiano ... / ansina se van juntando, / hasta hacer esas reuniones / que cain en las invasiones /en número tan crecido; / para formarla han salido de los últimos rincones / ... odio de muerte al cristiano / tiene la vista del águila / del león la temeridá; i en el desierto no habrá / animal que él no lo entienda . . . / aquel desierto se agita / cuando la invasión regresa / llevan miles de cabezas / de vacuno y yeguarizo / se reparten el botín / con ingualdá, sin malicia; / no muestra el indio codicia, / ninguna falta comete: / sólo en esto se somete / a una regla de justicia .../ y cada cual con la suyo a sus toldos enderiezan”<sup>96</sup>

La historia del exterminio de los indios pampas está contada en numerosos relatos e investigada por varios científicos sociales, pero lo que no se ha analizado a fondo todavía es el etnocidio de los indígenas del norte argentino y de la región chaqueña. En un artículo redactado en 1895, el precursor del marxismo argentino, aunque de origen alemán, Germán Ave Lallemand, denunciaba: ‘Hace algunos años, los tobas y maticos ocupados en la fábrica de azúcar de propiedad del multimillonario hermano del presidente, general Roca, que gobierna de hecho como dictador del país desde hace quince años, se rebelaron; fueron cazados por tropas regulares, muertos a balazos o tirados al río. En esa oportunidad tomaron estado público informes más detallados sobre



el tratamiento cruel inflingido a los peones y las torturas que sufren a manos de capataces borrachos y sanguinarios. Por supuesto, la prensa oficial negó después rotundamente los hechos”.<sup>97</sup>

Pronto quedaron exterminados los indígenas de Salta, Tucumán, La Rioja, Santiago del Estero, San Juan y Mendoza. Faltaba consumir el etnocidio austral. Allí se habían multiplicado por centenas de miles las primeras ovejas introducidas en la década de 1870. Los pioneros de la nueva colonización de la Patagonia o de la conquista del sur se habían apoderado de miles de leguas de territorio, pero como dice Segall, la existencia de los indios constituía para los explotadores de ganado un peligro jurídico y comercial: “un riesgo jurídico, existían tanto en Chile como en Argentina, bien o mal aplicadas, leyes de residencia y reducción indígena. Los salesianos y maestros primarios se dedicaban a civilizar a los aborígenes y con la cultura podrían exigir la aplicación de la ley protectora. Un peligro comercial: la escasez natural de alimentos hizo que a los indígenas, que antes vivían de la caza y de la pesca, les resultara más fácil de coger y más sabrosas las ovejas. Y las mataban; son ‘guanacos blancos’ decían. Y es así como comienza una de las exterminaciones de seres humanos, más completas, conocidas en el orbe. La destrucción en masa y sistemática de las dos razas aborígenes ha sido total”.<sup>98</sup>

José María Borrero, abogado y periodista español radicado en esa zona, ha relatado numerosas matanzas de indígenas en su libro *La pampa trágica*, rápidamente confiscado de las librerías por los Menéndez Braun. Amigos de Borrero han denunciado que le fueron saqueadas del hospital, donde estaba agonizante, centenares de páginas de otro libro donde contaba los horrores cometidos contra los indígenas por los explotadores argentinos, ingleses y chilenos.

Los salesianos, instalados en esta zona, publicaron un “Album Misionero” en Turm, 1907, en el que reprodujeron fotos de las tropelías cometidas por los explotadores de ganado y los cazadores de indios. Así fueron exterminados los yanás, los tehuelches y aquellos patagones cuyas grandes huellas encontró un día Pigafetta, el navegante italiano sobreviviente de la expedición de Magallanes.

De este modo, la burguesía argentina logró exterminar a los pampas, a los aborígenes del norte y centro del país, a los indios del Chaco y a los yanás y patagones del extremo sur, en uno de los etnocidios más brutales de la hispana. Con razón la burguesía argentina y sus ideólogos manifiestan con orgullo que en su país no hay indios, así como decía mi profesor de Historia en la Universidad de La Plata: sólo tenemos un indio y un negro como muestra, para que sirvan en el Hotel Alvear de Buenos Aires. Lo que olvidó decir fue que Argentina estuvo poblada por decenas de miles de indios, desde la Quiaca a Rio Gallegos y desde Mendoza al Chaco, atravesando toda la pampa, Salta, Jujuy y Corrientes. Basta mirar hoy día a un catamarquello, santiagueño o tucumano para darse cuenta de su estirpe. Sólo una historiografía mistificadora y, en última instancia, racista, al servicio de la burguesía porteña, como siempre a espaldas del país real, ha podido enterrar una historia de etnocidio, que por suerte alcanzaron a contarla nuestros abuelos y a expresarla poéticamente Atahualpa Yupanqui en las canciones de su tierra.

---

<sup>1</sup> Citado por Marx: **El capital**, Tomo I, p. 145, Ed. Cit.

<sup>2</sup> TORRES DE MENDOZA: Colección de Documentos Inéditos del Archivo de Indias, Tomo 12, p. 235, Cit. por NESTOR MEZA: **Estudio sobre las Formas y Motivos de las empresas españolas en América y Oceanía**, Santiago de Chile, 1937.

<sup>3</sup> JAIME VICENS: **Historia Social y Económica de España y América**, T. II, p. 521, Ed. Teide, Barcelona, 1958

<sup>4</sup> RAMON CARANDE: **Carlos V...**, Op. Cit., p. 324

<sup>5</sup> VICTOR VON HAGEN: **Los reinos americanos del Sol**, Ed. Labor, Barcelona, 1964, p. 12

<sup>6</sup> ANGEL ROSEMBLAT: **La población indígena y el mestizaje en América**, Ed. Nova, Bs. As., 1954, estimó que la población bordeaba los 14 millones, pero recientes estudios como los de PIERRE CHAUNU: **L’Amérique et les amériques**, p. 67-69, Ed. A. Colin, Orleáns, 1964, han elevado la cifra a 40 millones. RICHARD KONETZKE: **La época colonial . América latina**, P. 92 y 95, Ed. Siglo XXI, México, 1977, la sube a cerca de 80 millones.

<sup>7</sup> FRANK MOYA PONS: **Manual de historia dominicana**, Ed. Universidad Católica, Santo Domingo, 1977, p. 27.

<sup>8</sup> ROLANDO MELLAFE: **La esclavitud en Hispanoamérica**, Ed. Eudeba, Bs. As, 1964.

<sup>9</sup> JOSE MARTI: **El Padre Las Casas**, en **Antología Mínima**, T, II, p. 10 y 108, Ed. Ciencias Sociales, La Habana, 1972.

- <sup>10</sup> LAURETTE SEJOURNE: **Antiguas culturas precolombinas**, Ed. Siglo XXI, México, 1971, p. 126.
- <sup>11</sup> BARTOLOME DE LAS CASAS: **Historia...**, Op. Cit., Libro III, Cap. XXIII, p. 460.
- <sup>12</sup> CIEZA DE LEON: **El señorío de los Incas**, Op. Cit., p. 272.
- <sup>13</sup> L. SEJOURNE: Op. Cit., p. 132.
- <sup>14</sup> Citado por *Ibid.*, p. 133.
- <sup>15</sup> *Ibid.*, p. 151.
- <sup>16</sup> *Ibid.*, p. 152.
- <sup>17</sup> *Ibid.*, p. 152.
- <sup>18</sup> ALONSO DE ERCILLA Y ZUÑIGA: **La Araucana.**, Ed. De la Universidad, Santiago, 1933.
- <sup>19</sup> ROBERTO CASSA: **Historia Social y Económica de la República Dominicana**, Tomo I, p. 41, Ed. Alfa y Omega, Santo Domingo, 1978.
- <sup>20</sup> F. MOYA PONS: Op. Cit., p. 35.
- <sup>21</sup> BARTOLOME DE LAS CASAS: **Historia de las Indias**, Libro III, cap. XXV, Ed. Aguilar, Madrid, 1927.
- <sup>22</sup> HORTENSIA PICHARO: **Documentos para la Historia de Cuba**, T. I, p. 87, Ed. Ciencias Sociales, La Habana, 1971.
- <sup>23</sup> *Ibid.*, p. 88.
- <sup>24</sup> LAURETTE SEJOURNE: **Antiguas culturas...**, op. Cit., p. 40.
- <sup>25</sup> BARTOLOME DE LAS CASAS: **Historia de las Indias**, op. Cit., T. III, p. 398 y 399.
- <sup>26</sup> HUGO ARIAS P. : **Evolución socio-económica del Ecuador**, biblioteca Ecuatoriana, Universidad de Guayaquil, 1980, p. 127.
- <sup>27</sup> RICARDO E. LATCHAM: **La capacidad guerrera de los araucanos**, Santiago, 1915, p. 39.
- <sup>28</sup> DIEGO DE ROSALES: **Historia General del reino de Chile**, Flandes Indiano, Valparaíso, 1877.
- <sup>29</sup> EFRAIM CARDOZO: **Breve Historia del Paraguay**, Ed. Eudeba, Buenos Aires, 1965, p. 10.
- <sup>30</sup> GONZALO FERNANDEZ DE OVIEDO Y VALDES: **Historia General y Natural de las Indias**. Bibl. De la Academia Nacional de la Historia, Caracas, Vol., 58, T. I, P. 62 y 63.
- <sup>31</sup> JOSE DE OVIEDO Y BAÑOS: **Historia de la Conquista y Población de la Provincia de Venezuela**, Bibl. De la Academia Nac. De la Historia, Caracas., Cap. III.
- <sup>32</sup> *Ibid.*, Cap. IX, P. 54.
- <sup>33</sup> MANUEL VICENTE MAGALLANES: **Historia Política de Venezuela**, Caracas, 1979, p. 40.
- <sup>34</sup> J. MARTINEZ MENDOZA: **Venezuela Colonial. Investigaciones y Noticias para el conocimiento de su historia**, p. 16, Ed. Arte, Caracas, 1965.
- <sup>35</sup> R. CASSA, op. Cit, T. I. P. 77.
- <sup>36</sup> JOSE DE OVIEDO Y BAÑOS: Op. Cit., Cap. IV.
- <sup>37</sup> INDALICIO TELLEZ: **Una raza militar**, Santiago, 1944 p. 45.
- <sup>38</sup> *Ibid.*, m p. 107.
- <sup>39</sup> RICARDO LATCHAM: **La capacidad...**, op. Cit., pag 38.
- <sup>40</sup> JOSE DE OVIEDO Y BAÑOS: Op. Cit., Cap III
- <sup>41</sup> NICOLAS PALACIOS: **Raza Chilena**, P. 38 y 39, Valparaíso, 1904.
- <sup>42</sup> R. CASSA: op. Cit., T. I, p. 77.
- <sup>43</sup> RICARDO E. LATCHAM: **La organización social...**, op. Cit., p. 470.
- <sup>44</sup> R. CASSA: Op. Cit., T. I, p. 78.
- <sup>45</sup> *Ibid.*
- <sup>46</sup> AQUILES PEREZ: **Historia de la república del Ecuador**, I, 336, Quito, 1956.
- <sup>47</sup> ENRIQUE SEMO: **Historia del capitalismo**, op. Cit., p. 80.
- <sup>48</sup> Citado por MIGUEL LUIS AMUNATEGUI: **Los precursores de la Independencia de Chile**, T. III, p. 85, Santiago, 1871.
- <sup>49</sup> Citado por JORGE RANDOLPH: **Las guerras de Arauco y la esclavitud**, p. 113, Santiago, 1966.
- <sup>50</sup> ENRIQUE SEMO: Op. Cit., p. 78.
- <sup>51</sup> OSWALDO ALBORNOZ: **Las luchas indígenas del Ecuador**, Ed. Claridad, Guayaquil, 1971, p. 30.
- <sup>52</sup> ANTONIO DE ULLOA: **Noticias americanas**, Madrid, Imprenta Real, 1792, p. 265.
- <sup>53</sup> WILLINGTON PAREDES RAMIREZ: **Crisis colonial y proceso de Independencia del Ecuador**, p. 39, en **Ecuador, de la colonia a los problemas actuales**, Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Guayaquil, 1979.
- <sup>54</sup> DIEGO BARRROS ARANA: **Historia General de Chile**, T. VI, p. 39, Santiago, 1884.
- <sup>55</sup> FRANCISCO ERICH: **Historia de la Compañía de Jesús en Chile**, T. II, p. 126., Barcelona, 1891.
- <sup>56</sup> JOSE TORIBIO MEDINA: **Cosas de la colonia**, Segunda Serie, p. 321, Santiago, 1910.
- <sup>57</sup> FRANCISCO ENCINA: **Historia de Chile**, T. IV, p. 595, Ed. Nacimiento, Santiago, 1950.
- <sup>58</sup> THADDAEUS HAENKE: **Descripción del Reino de Chile**, Ed. Nacimiento, Santiago, 1942, p. 135.
- <sup>59</sup> BOLES LAO LEWIN: **Tupac Amaru**, Ed. Siglo XX, Buenos Aires, 1973, p. 35.
- <sup>60</sup> *Ibid.*, p. 81.
- <sup>61</sup> *Ibid.*, p. 35.
- <sup>62</sup> *Ibid.*, p. 35 y 36.
- <sup>63</sup> *Ibid.*, p. 111.
- <sup>64</sup> AUGUSTO GUZMAN: **Tupaj Katari**, Ed. FCE, México, 1944
- <sup>65</sup> BOLES LAO LEWIN: Op. Cit, p. 122.
- <sup>66</sup> *Ibid.*, p. 124. Oscar Cornblit estima que en las insurrecciones indígenas desde el inicio de la rebelión de Tupac Amaru murieron 6.000 españoles y entre 100 y 200.000 indígenas.
- <sup>67</sup> RATTO-CIARLO: **Resonancia de Tupac Amaru en Venezuela**, en **El Nacional**, Cuerpo A, p. 6, Historia, 7/6/1981
- <sup>68</sup> Tupac Amaru legó a ser conocido en Brasil, donde José Basilio de Gama (1740-1795) escribió un poema dedicado a la rebelión del descendiente de los incas.
- <sup>69</sup> JOSE LUIS ROMERO: **Latinoamérica: sus ciudades...**, op. Cit., P. 136.
- <sup>70</sup> *Ibid.*, p. 156.
- <sup>71</sup> BOLES LAO LEWIN: Op. Cit. P. 66.
- <sup>72</sup> *Ibid.*, p. 67. Consultar OSCAR CORNBLIT: **Levantamiento de masas en Perú y Bolivia durante el siglo XVIII**, en TULLIO HALPERIN DONGUI (comp): **El ocaso del régimen colonial en Hispanoamérica**, Buenos Aires, 1978.
- <sup>73</sup> EL PÁJARO VERDE: **La Cuestión India**, 14/9/1865, citado por ROBERT JAULIN: **El etnocidio a través de las Américas**, Siglo XXI, México, 1976, p. 57.
- <sup>74</sup> *Ibid.*, p. 63.

---

<sup>75</sup> ELISEO RECLUS: **Mis exploraciones en América** (1861), Ed. Sempere, s/f

<sup>76</sup> Citado por RICARDO DONOSO y FANOR VELASCO: **Historia de la Constitución de la Propiedad Austral**, p. 60. 2º edición, ICIPA, Santiago, 1971.

<sup>77</sup> Memoria de la Secretaría de Estado, cit. Por ROBERT JAULIN: **El etnocidio a través de las Américas**, p. 69, op. Cit.

<sup>78</sup> Ibid, p. 70.

<sup>79</sup> Ibid, p. 72.

<sup>80</sup> Ibid, p. 73.

<sup>81</sup> Nota de JUAN ESTRADA al presidente de la Corte Suprema de fecha 24 de agosto de 1877, publicada en **El Socialista**, 6/9/1877.

<sup>82</sup> **El Socialista**, 10/3/1878, México.

<sup>83</sup> PABLO GONZALEZ CASANOVA: **Imperialismo y liberación en América latina**, Ed. Siglo XXI, México, 1978, p. 65.

<sup>84</sup> Cit. Por ANTONIO GARCÍA: **El proceso histórico latinoamericano**, Ed. Nuestro Tiempo, México, 1979, p. 174.

<sup>85</sup> Ibid, p. 162.

<sup>86</sup> Ibid, p. 162.

<sup>87</sup> JUAN MONTALVO: **Fortuna y felicidad**, Ed. De la Casa de Montalvo, reimpreso por Bibl. Ecuatoriana de Escritores, Libertad y Tierra, Guayaquil, 1978. . 70

<sup>88</sup> Citado en **Pensamiento conservador**, Bibl. Ayacucho, Caracas, 1978, p. 122.

<sup>89</sup> PEDRO GONZALEZ CASANOVA: **Imperialismo y Liberación...**op. cit., p. 81.

<sup>90</sup> ALBERTO HINRICHSEN: **Sociedad Mercantil y Colonialismo sobre el pueblo mapuche**, Inst. de Sociología de la Univ. De Concepción, Cuadrenos de Investigación, N°3, 1972.

<sup>91</sup> Archivo Nacional de Chile. Ministerio del Interior. Intendencia de Arauco, 1830-1878, vol. 98.

<sup>92</sup> PEDRO RUIZ ALDEA: **Los araucanos y sus costumbres**, p. 61 y 62, Los Angeles, 1868.

<sup>93</sup> LUIS VITALE: **Historia del movimiento indígena de Chile**, p. 72, Proyecto de Lingüística del Instituto de Invest. De la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales de la Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1980.

<sup>94</sup> HORACIO LIRA: **Crónica de la Araucanía**, p. 393, Santiago, 1889.

<sup>95</sup> ESTANISLAO ZEBALLOS: **La conquista de los quince mil leguas**, Bs. As., 1878, parte: La vuelta de Martín Fierro, IV y V, p. 66 a 68.

<sup>96</sup> JOSE HERNANDEZ: **Martín Fierro**, op. Cit, p. III, 20 y 22 y de la segunda parte: la vuelta de Martín Fierro, IV y V p. 66 y 68.

<sup>97</sup> GERMAN AVE LELLEMANT: **La clase obrera y el nacimiento del marxismo en Argentina**, p. 156., Ed. Ateneo, Buenos Aires, 1974, en un artículo publicado en **Die neue Zeit**, (1895)

<sup>98</sup> MARCELO SEGALL: **Desarrollo del capitalismo en Chile**, P. 196, Santiago, 1953.